

DICHOS Y REFRANES CHILENOS

POR

DANIEL BARROS GREZ

Carta dirigida a

Don Benjamin Vicuña Mackenna

en 1883

Manuel Baeza y Arte



SANTIAGO DE CHILE
Imprenta y Librería Excelsior
Arturo Prat 28

1924

19/12/24

DICHOS Y REFRANES CHILENOS

POR

DANIEL BARROS GREZ

Carta dirigida a

Don Benjamín Vicuña Mackenna



SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA Y LIBRERIA EXCELSOR
Arturo Prat 28
1923

Dichos y Refranes Chilenos

Destos lados de arriba, a 5 de Marzo de 1883.

Señor don Benjamín Vicuña Mackenna:

Querido amigo:

¿Recuerda aquella tarde de Marzo en que tuve el placer de comer con usted y su estimable familia en su linda quinta del Camino de Cintura que, como el cinturón de la madre Vénus, rodea y ciñe a la gran Pelucona del Pacífico?

(Antes de pasar adelante, permítame aquí abrir un paréntesis para salvar una equivocación. Yo debí haber dicho su camino de cintura, pues que éste es aún más suyo que su misma quinta, cuyo derecho de propiedad puede extinguirse, con solo escribir algunas líneas en papel sellado, ante un escribano, al paso que el mismo derecho relativo a lo que usted inventó e hizo, no podrá jamás ser extinguido, aún cuando así los signen y fir-

men todos los escribanos de Chile, y aunque se borrajee más papel sellado que el que cada año se gasta inútilmente, merced a nuestros jamás bien ponderados procedimientos judiciales. Sí, mi amigo, la obra del talento es eternamente de quien la hizo, como su propio pensamiento. Usted fué quien la hizo, como su propio pensamiento. Usted fué quien rodeó la virginal cintura de la matrona, después de bordar de granito y césped el cogín sobre el cual Don Pedro de Valdivia la asentara ahora cuatro siglos. Usted rejuveneció a la pobre vieja; le barrió la casa; limpióle el estrado; hízola respirar un aire más puro; quitóle sus antiguos harapos; echóle sobre sus desnudos hombros la púrpura talar, y colocó la corona mural del Santa Lucía sobre su espléndida cabellera de fresnos, olmos, álamos y olorosas acacias. El que comenzó por decir: «haré todo ésto», y acabó por hacer como lo dijo, ese es un hombre, y me complazco en decirlo. El que así obró, sin tener ejemplos que seguir ni dejar imitadores de su laborioso empeño, merecía pasar de las Cajas a la Moneda. Pero el rey de los intendentes no podía servir para Presidente. Usted dijo lo que sintió, e hizo lo que dijo, y los buenos candidatos para la presidencia son aquellos que dicen lo que no sienten y que no hacen lo que dicen. Usted cum-

plió su palabra y tradujo a la práctica su programa, al paso que los presidentes perfectos son aquellos que faltan a su programa, y que no cumplen con la palabra empeñada ante los pueblos)

Por largo que parezca este paréntesis, no es tan crecido como el asunto lo pide. Cierrolo aquí para proseguir esta carta, comenzada por una pregunta y acabada como Dios quiera. El me dé el aliento necesario para escribirla tal como la he concebido, y a usted la paciencia que ha menester para leerla desde la Cruz hasta la fecha.

Si usted no recuerda la pregunta que acabo de hacerle, yo sí que la tengo bien presente, pues siempre me ha gustado hacer memoria de los buenos ratos, tan escasos en este valle de lágrimas, en donde a veces solemos reirnos para ocultar las causas del llanto. Acuérdome muy bien de que entre charla y charla me preguntó usted si yo tenía entre mis curiosidades algunos dichos o refranes de nuestro pueblo, tan serio y sesudo a veces como alegre, decididor y punsante en mil ocasiones. Contestéle que era escasa mi cosechal pero hice propósito firme de buscar, pues el que busca encuentra. Más por cierto que sea este adagio, no siempre se verifica, pues no hay regla sin excepción, y esto es lo que a mí me ha pasado. Todos

mis esfuerzos me han salido fallidos, hasta que una feliz casualidad me ha presentado no ha mucho, una buena docena, de entredichos y refranes recogidos durante mi permanencia de un día en una hacienda de estos lados del Sur. Siento haberme demorado tanto en hacerle esta remeza: más ya usted sabe, bolsa vacía, paga tardía o nunca; y mi pobre bolsa está muy lejos de ser como aquellas de que se dice: en casa llena presto se guisa la cena. Dígole esto en descargo de mi conciencia; y por lo mismo agrego que para cumplir su deber nunca es tarde, y que aún cuando lo fuese mas vale tarde que nunca.

Adviértole que la docena que le ofrezco no es de lego, sino de esas que llaman docena del fraile, que es como si dijéramos docena con llapa, a la que tan inclinados han sido siempre sus paternidades. Todos los que usted ha leído antes no entran en la cuenta. Llévela usted con los dedos de la mano, hasta completarle la gorda docena que le prometo, pues cuentas claras conservan amistad; y la suya me interesa a mí lo suficiente para que yo deje de recordar aquello de la deuda pagada, amistad afianzada. No cuente tampoco ninguno de estos últimos ni otros sueltos que usted verá más adelante, pues más bien quiero pecar por carta de más

que no de menos, aunque para ello tenga que echar mano de lo más bien parado de mi cosecha, pues al buen pagador no le duelen prendas.

Y a fin de que usted les encuentre mejor sabor a estos refranes, y pueda pasarlos sin atragantarse, permítame relatarle mi viaje a la antedicha hacienda. Envueltos en la narración, podrán no empalagar, así como, mezclado con la comida, no empalaga el sainete o aliño, que nadie podría tragar solo. Oja á usted, al leer esta carta, no encuentre que se me ha pasado la mano en el aliño.

Ha de saber usted, mi querido amigo, que cierto hacendado que me tiene en gran estima, me escribió allá por año nuevo, una esquila, invitandome a pasar unos días de campo en su hacienda, una de las más ricas de estos mundos del Sur. En seguida de la esquila, venía una postdata, en la cual reconocí la letra de doña Policarpa Valenzuela, digna esposa de mi rico amigo don Cirilo Parras. Y aún cuando yo no hubiera visto la letra de la respetabilísima matrona, habríame bastado oír leer la antedicha postdata, para caer en cuenta que no podría haberla dictado sino doña Policarpa, por lo muy cuajada de refranes que veía. Decía así:

«P. D.—Al ruego de Cirilo, agregó yo también el mío, porque yo sé que dos ruegos ha-

cen más que uno, y con el segundo martillazo queda más enterrado el clavo que con el primero. Dígole esto amigo de mi alma, porque ya van dos años nuevos que no le hemos convidado, y en ninguno de ellos se ha aportado usted por acá, dejándonos con los crespos hechos. Pero a las tres va la vencida; y yo me digo siempre: la gotera hace hoyo, y quien porfía mucho alcanza, por lo cual agrego estas cuatro letras, pues lo que abunda no daña, y más vale pecar por carta de más, que no de menos; y hace más látigo y espuela que espuela sola. Continúas que nada se pierde con explicar bien las cosas, y harto se lo dije a Cirilo. Pero fué para lo mismo, pues ya usted sabe lo que es este hombre, que siempre hace las cosas a medio morir saltando y a la buena de Dios que es grande. Y ya le digo que no ha sido por falta de advertencia, porque se lo dice y redige; pero he sacado, como siempre, tanto en una mano como en la otra, es decir, lo que sacó el negro del sermón, pues que este hombre es así como el año que no hubo que segar; y ahora vengo a ver que le ha escrito una carta mas seca que la lengua de loro. El caso es que tenemos aquí a varios amigos, y entre ellos a Ruperta Amaros con su hija la Catita, la cual ahora toca el arpa tan al primor, que yo me río de todos los pianos de Santiago. Con

que, lo dicho, dicho, y yo cuento con que vendrá para que nos alegremos unos días. que nadie sabe si lloverá mañana, y es bueno criar fuerzas para pasar los malos tiempos, pues quien fuerzas tiene bien se mantiene. Acuérdesese de que la tristeza mata más gente que el chabalongo; y no hay que trabajar tanto, como usted lo hace, y esta vida ha de ser mañana de otro, v más vale un día contento que cien años carilargo. Solo la alegría mata a las penas, y el que se deja morir se muere, y al que se muere lo entierran, y al que lo entierran lo olvidan, y se acabó el cuento, como dijo el otro. Con lo cual se despide su amiga.

POLICARPA VALENZUELA.



El viaje

Ante esta doble invitación no era posible resistir; y aunque mis ocupaciones no me permitían disponer sino de tres días, me dispuse a pasar uno siquiera en la hacienda; dejando los otros dos para la ida y la vuelta. Hice mi muletilla y tomé el tren del Sur. Yo no había estado jamás en la estancia (pues había hecho amistad con sus dueños en Santiago) ni conocía los caminos que debieran llevarme a ella; pero la misma doña Policarpa me decía siempre que me convidaba quien tiene boca, a Roma va, amigo mío.

En la tarde del primer día llegué a la estación desde donde debía dirigirme a la hacienda; pero desgraciadamente no encontré coche que me llevase; y solo obtuve la esperanza de que al amanecer del día siguiente, se me pondría uno, con buenos caballos, en la puerta de mi posada. Encontrábame en la capital de uno de esos departamentos que eligen a sus representantes según las órdenes del Gobierno; y por aquí echará usted de ver, amigo mío, si aquello sería o no un

gran basural, física y moralmente hablando.

Tuve que resignarme a pasar allí la noche; y fuera de no haber encontrado un lugar decente en donde pasear la mala comida que me dieron, y de no haber pegado los ojos en todo la noche, por la carga cerrada que me dió un ejército de chinches (que prudentemente calculo en unos catorce mil) en todo lo demás me fué muy bien. Al menos no me fué tan mal como a uno de mis compañeros de hotel, quien, al tiempo de recogerse, tuvo que sostener, en medio de la calle, un reñido combate con una cáfila de perros. Dióse a santo con salir de allí en camisa y con solo una pantorrilla horadada, para irse en seguida a la cama, en donde las chinches debieron acabar por horadarle toda la piel.

Levantéme antes de amanecer, con deseos de bañarme; pero en el hotel no había baño. Un criado me propuso llevarme a cierto lugar de la acequia de la Cañada, en donde acostumbraban bañarse las gentes del pueblo. Yo acepté al momento, y me dejé guiar por él; pero encontramos la acequia sin agua.

¿Por qué no viene agua en la acequia? preguntó el criado aun viejo herrero, que, no lejos del lugar del baño trabajaba en su bigornia. Porque don Cucho tiene agora la agua ocupada en su molino (respondió el herrero) y así lo hace siempre que le falta agua en su

canal. ¿Quién es ese don Cucho? pregunté a mi guía. Es de la municipalidá, me contestó; y por eso, es sin duda, que el rico agarrará la agua, cada y cuando se le antoja; y deja al pueblo en seco, pues también llaman a esta acequia canal de la municipalidá; y lo que es de ella será también de los señores municipales.

Vuelto al hotel encontré el coche que me esperaba; y montando en él después de pagar la subida cuenta (que es lo único en que estos hoteles parecen unos grandes establecimientos) me dirigí a la hacienda, a donde esperaba llegar antes del almuerzo. A pique estuvo de salirme fallida esta esperanza, pues el coche que me llevaba se volcó en uno de los barriales de que estaba llena la vía, merced a los grandes talentos que nuestros Gobiernos despliegan para ganar votos. Yo me había quedado profundamente dormido, cuando desperté, hundido en el lodo y debajo de una de las ruedas. Había deseado bañarme en agua limpia, y me veía sumido en el barro; considere usted amigo mío, cuan enérgica sería aquella intergección que lance contra los malditos gobiernos ganadores de elecciones! Cada propietario, por el solo hecho de contar con algunas calificaciones, tiene el derecho de llenar los caminos con las aguas de sus riegos, cosa que debe ser muy antigua

pues taita Salas decía que todo andaba en Chile fuera de camino, menos las aguas. Si el excelente viejo hubiera andado por los caminos de nuestras costas, (que comunmente corren por los esteros), habría podido agregar: «Aquí es al revés, pues no habiendo aguas de riego que echar en los caminos, echan los caminos en las aguas» Y todo ello, mi querido amigo, por la misma razón antedicha, de no saber nuestros Gobiernos otra cosa que ganar elecciones, y de hacer consistir toda su gran política en no indisponerse con los ricos hacendado poseedores de votos.

Todo esto y quien sabe que más refunfunaba yo, mientras me limpiaba lo mejor que podía. Por fortuna no me había tocado más que una regular contusión en la cadera; y por lo que atañe al vehículo, pudo salir sano del barrial. Desde allí proseguí mi viaje, sin cerrar el ojo, pues temía volcarme nuevamente. No queriendo dormirme, púseme a reflexionar mientras el coche rodaba y saltaba por aquel camino, que allí apellidan del Estado, y que bien podría llamarse de los pantanos. En otras naciones (pensaba yo) se afanan los Gobiernos por formar industriales, artistas, hombres de ciencia, buenos ciudadanos, etc., y para ello protegen las industrias, las artes y la ciencia, y desarrollan el

amor a la justicia y el respeto a la ley, por medio del buen ejemplo. En Chile no sabe el Gobierno hacer más que buenos ganadores de elecciones, que son a los que acaricia, adama y premia. Y por obtener tan miserables resultados, hay partidos que han hecho correr ríos de sangre, y hay gentes que, arrastrándose sobre el lodo, han llegado a la cumbre del poder.

La vista de las casas de la hacienda me sacó de tales reflexiones, haciéndome entrar en otro orden de ideas. Acordéme de mi buena amiga doña Policarpa cuyos dichos y refranes me parecía estar oyendo. Su digno esposo don Cirilo (que aborrece los refranes como a sus pecados, según él mismo lo dice), trata de quitarle aquella costumbre; pero así lo ha conseguido el buen caballero, como de dejar de ser él mismo el mayor de los truhanes y bromistas, a pesar de su edad y de su gordura. Este matrimonio cuenta tres hijas: Narcisa, la niña blanca de la familia; Cipriana, de carácter burlón como su padre, y que no sería maleja, sino fuera algo vizca, y por fin, Nicolasa, que es una alma de Dios, y tan llena de refranes como la madre. Lo más gracioso del caso es que don Cirilo, tan enemigo de los proverbios y sentencias con que suele aturrullarlo su esposa, ha llegado a adquirir la misma costumbre, y es de verlo echar de

apares los refranes, cuando, lleno de cólera, los anatematiza en su mujer y en su hija. Verdad es que ellas lo desarman con solo repetirle los refranes que él dice; y el buen caballero concluye al fin por reirse; pues no es hombre que pueda permanecer enojado, triste o meditabundo diez minutos seguidos. Por aquí verá usted, si yo tendría razón para esperar buena cosecha. Habíame aperado de lápices y de papel a propósito para copiar, a hurtadillas, todos los refranes y dichos agudos que saliesen a luz.

Llegado a la hacienda, encontré a toda la casa en la mayor agitación. Gritaban aquí, reíanse allá, y quejábanse en otro cuarto, corriendo las criadas de un puto a otro, con baldes de agua en las manos, como si se tratase de apagar un incendio. Apeéme del coche, y apesar de lo muy embarrado que me hallaba, traté de entrar, cuando a ese tiempo ví salir por la puerta del pasadizo a un joven, perseguido por una señora entre dos edades, y por dos rollizas criadas, con sendos baldes de agua. Habríase aquel escapado; sí al saltar del corredor al patio, no hubiera pisado en unas cáscaras de brevas, que su perseguidora lanzó delante de él. El mozo saltó, pisó las cáscaras, resbaló y cayó, cual largo era, sobre el santo suelo: y queriendo alzarse, recibió un diluvio de agua, y luego un puñado

de no se que cosa, que la señora restregó sobre su cara, diciéndole al mismo tiempo:

— Toma, toma! para que no seas esquivo!

— Eso es Rupertita! gritaban las niñas, desde el interior del salón, por entre las rejas de las ventanas.

Pero la señora no necesitaba que la incitaran a hacer aquello que al parecer, era tan de su agrado, y con una mano sobre el pecho del joven seguía jabonándole la cara con aquel menjunge, mientras las rollizas criadas sujetaban de pies y manos a la víctima. En esto vi salir por el mismo pasadizo a un viejecito vivaracho, el cual dando saltitos de chincol, se acercó a doña Ruperta y la abrazó por detrás.

— Ya te pillé, picaronaza! gritaba con chillona voz. En tiempo de challa nadie se enoja!

Volvióse rápidamente la señora, y tomando al vegete de los cabellos, quedóse con la peluca en las manos. La calva de don Abundio de Quiñones (que así se llamaba el viejo verde) brilló, como una calabaza al sol; las niñas palmotearon desde allá adentro; doña Policarpa apareció en la puerta de entrada, y Tristán (que era el nombre del joven caído) aprovechó aquel momento para huir.

— Jesús, María y José! Como viene usted, que parece haberle tocado algo de la chaya!

exclamó doña Policarpa, correspondiendo a mi saludo y presentándose en seguida a doña Ruperta, a don Abundio y a las demás personas allí presentes, que yo no conocía, Eran éstas: Catita, hija del primer marido de doña Ruperta; un español, amigo antiguo de la casa, y dos jóvenes más, uno a quien le decían el Colejial, y otro a quien llamaban el Abogado, que habían venido con doña Ruperta.

—Señorita, diga a ésta: parece que a usted le ha tocado la mejor parte del botín, en esta batalla.

—Y no le entregaré, me respondió ella, alzando en alto la peluca, mientras don Abundio no cumpla con la penitencia que su atrevimiento merece.

—Estoy pronto a recibir hasta la misma muerte, viniendo de su mano, dijo con viveza don Abundio.

—Pero usted, me preguntó doña Ruperta, en que chaya ha estado que tan mal lo han tratado?

—En la del Gobierno, señora, respóndile.

—¿Cómo? También juega a la chaya el Gobierno?

—Así, a su modo, pues administra los intereses públicos, como quien juega a la chaya. El es quien me ha embarrado hoy, de

pies a cabeza, por haberme caído, con coche y todo, en uno de sus barriales.

—¿Los del camino público?

—Sí, señora, el que está enfrente de la posada del Sauce.

—Lo conozco. Yo también acabo de pasar por ese pantano, que según me dijeron, es formado por las aguas del fundo de don Pascual Quiroga.

—Por consiguiente, agregó el abogado, no es el Gobierno sino el tal don Pascual quien ha jugado a la chaya con el señor.

—Y apuntó hacia mí su dedo índice.

Según mi manera de ver, repliqué yo, al notar el tono autoritario con que el Abogado defendía al Gobierno, no es el tal don Pascual el verdadero culpable, sinó las autoridades, que, con su criminal condescendencia compran el sufragio de todos los Pascuales... ..

—Eso quiere decir, interrumpió doña Policarpa, que no tiene la culpa el chancho sinó quien le dá el afrecho.

—Y más culpable es el tapadera que el ladrón, agregó Nicolasa.

—Ah! señorita! exclamó el abogado, que parecía un gobiernista de raza. Tapadera el Gobierno?

—Hay de todo allí, respondió la niña: tapaderas, ollas, palanganas.....

—¿Y no habrá también cantaros, Nicolassita? interrumpió riendo el Colegial. Yo conozco a más de una alma de cántaro, y a muchos de esos tientos vacíos, que, anciosos de llenarse, corren a la fuente del Ministerio....

—El tiento lleno peligra menos, dijo vivamente doña Policarpa. Cada uno que va al agua, llena su cántaro como puede... Pero dejemos este capítulo, que esto de criticar es para pecadores... Ahora (prosiguió, dirigiéndose a mí), lo que más importa es que usted se cambie de ropa. Yo en cuanto ví el coche lo adiviné todo, pues por la hebra se saca el ovillo, y cuando yerro doy en un ojo. Y como además conozco el mal estado del camino.....

—Merece el nombre de camino del cielo, señora... ..

—¿Por lo malo?

—Y además por haberme conducido a una mansión poblada de ángeles.

—¡Bien se echa de ver de que pié cogeal exclamó doña Policarpa riendo. Venga a cambiarse esa ropa y a darse una friega con aguardiente, a fin de que no le haga mal la mojada, pues más vale preservarse del mal que curarse de él: y quien a tiempo se cura tiene la salud segura, porque.....

—Son polvos del camino, le interrumpí

yo, y esto de la pierna, es cosa que ya pasó!.....

—Sí! no es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano! Viene cogiendo, y dice que ya pasó. Aún cuando sea poca cosa... Mire que el que desprecia lo poco, pronto llorará le mucho, y lo que es pequeño ahora, grande será mañana. No hay que darle alas al mal, que con el tiempo las cría, y el que se descuida, ese no se cuida.

.....
Por este estilo prosiguió la santa señora una retahila de dichos y refranes, hasta que llegamos al cuarto de alojados, en donde me dejó, para volver un momento después, trayéndome ropa de su marido.

— Anchilla le vendrá me decía, examinando y sacudiendo la ropa, porque no todos los cuerpos se parecen, y ni aún los dedos de la mano son iguales. Cirilo es tanto más alto y grueso que usted... Pero ¿qué hacerle? No siempre hallamos las cosas cortadas a la medida, pues este mundo todo es faltas y sobras, como dijo el otro. Continúas que nadie ha de venir a ponerle a Ud. pleito porque le quedan largos los pantalones, y demasiado anchos el chaleco y la polaca... Me voy para dejarlo en libertad... y vístase pronto, porque ya se acerca la hora de almorzar, y esto de hacer por la vida es muy necesario para

soportar los porrazos del camino, pues tripas llevan pies, que no pies a tripas; y barriga llena corazón contento, porque como dijo el otro

No alcancé a oír los refranes que siguieron a los anteriores. Después de salir doña Policarpa, yo me desnudé prontamente, y frotándome el cuerpo con el anisado que me trajeron metíme en aquellos inmensos pantalones y en la extensísima blusa de brin, cuyas largas mangas tuve que doblar, así como las piernas de los calzones. Cuando me miré al espejo, tuve miedo de presentarme, en aquella facha, ante las señoras, cuyas alegres carcajadas oía; y me puse a apuntar en mi cartera algunos de los refranes de doña Policarpa. En esto estaba, cuando entró Tristán Cáceres, el joven aquel, perseguido por doña Ruperta. Venía vestido con la ropa de repuesto, que había tenido la precaución de traer consigo. Era un mozo alegre y simpático, con el cual nos amistamos en muy poco rato; y habiéndole preguntado qué clase de individuo era aquel a quien llamaban el abogado, y que tan gobiernista pareciera ser, me contestó:

—E: un mocito que está recién recibido; y ha venido ahora a visitar la capital de esta provincia, cuya judicatura de letras pretende.

—Ahora veo porqué defendía con tanto calor al Gobierno, dije yo.

—Es un gobiernista terrible, prosiguió Tristán riendo; y luego va a ver usted como se las va a tener con don Cirilo, que como usted debe saberlo, es un liberal de esos que llaman a la mata.

—Sí; lo conozco y sé apreciar sus bellas cualidades.

—Es un corazón de oro, prosiguió Tristán; francote y campechano, sin la menor doblez; como a mí me gustan los hombres. Pero lo que más me agrada en él es que, habiendo figurado siempre en las filas de los liberales, se ha separado ahora del bando de los gobiernistas, por creer que el llamado Gobierno liberal está muy lejos de merecer este nombre.

—Ya lo sabía. Don Cirilo, a pesar de su aparente rudeza, es un hombre a quien no se le engaña con palabras vanas y nombres postizos.

—Sí; es un hombre de una pieza... y además, una verdadera pieza, agregó Tristán riendo, porque no puede estar formal ni media hora; y cuando no encuentra a quiénes embromar, le busca la boca a doña Policarpa...

—Y se la encuentra ¿no es verdad? díglele yo; porque ya usted debe haber visto que la

señora no es de las que se quedan calladas.

—¡Jesucristo! exclamó Tristán, apretándose la cabeza entre las manos, y moviéndola de un lado a otro. Válgame Dios con la señora refranera! .. No espero ver otra igual, en todo lo criado... Es un balazo para una contestación. Yo no la conocía .. pero le aseguro a usted que la he querido desde que la ví. Sus vivezas de genio me encantan; y sus innumerables refranes me dejan suspenso, cada vez que la oigo hablar. Yo no sé qué admirar más en ella, si su memoria para acordarse del refrán que viene al pelo, o su facilidad para ensartarlos todos (como las cuentas de un rosario) en sus largos razonamientos. Cinco días ha que estamos aquí; y son muy pocos los refranes que la he oído repetir. Su memoria es un almacén inagotable, y como posee un admirable buen sentido, es difícil sostener con ella una cuestión, sin que le caiga a uno encima una lluvia de adagios, la mayor parte de una lógica abrumadora. Más de una vez me ha golpeado ya al abogadito: pero con quien más me gusta ver cruzarse a éste, es con don Cirilo, quien lo tiene ya entreojos, y no puede soportar la idea (según me ha dicho), de que se trate de hacerlo Juez de Letras. Por esto es que el caballero no pierde ocasión y cada vez que

ésta se presenta, me lo golpea de lo lindo. Sin embargo, nunca he notado que el abogadito haya perdido un ápice de la gravedad doctoral de que parece haberse revestido sistemáticamente.

—¿Y en que méritos funda sus pretensiones al destino? pregunté yo.

—Es hijo de un pariente de doña Ruperta, quien, según dicen, es uña y carne con cierto clérigo, el cual está ahora al partir de un confite con el presidente. ¿No le parece a usted que son méritos más que suficientes?...

En esto oímos afuera la plateada voz de doña Policarpa, y salimos al corredor.

—¿Ya están vestidos? nos dijo; pues entonces, pasen al salón que la Catita va a tocar. Verdad es (prosiguió sonriendo y dirigiéndose a mí) que usted con esa ropa, no está tan elegante que digamos; y tendrá empacho para presentarse así ante las niñas. Pero a gran dificultad, gran ánimo, amigo mío, y el mal paso andarlo luego. No hay que temerle tanto al que dirán... Dirán, pero que digan; y ande yo caliente y ríase la gente. Ni hay tampoco mayor locura que esa de querer que los habladores no critiquen, pues eso es como ponerle puertas al campo .. Vamos, vamos; haga pecho ancho, que las visitas son gentes de confianza y como el buen pan. Continúe que ya sabemos todos que el

hábito no hace al monge; y bajo de una mala capa suele haber un buen bebedor. Alégrese, pues de buena se ha librado en aquel barrinar; y más vale mal vestido que bien amortajado.

Hablando de este modo, llegamos al salón, en donde fuí recibido con una verdadera charra de sonrisas, risas, risotadas y carcajadas, entremezcladas de dichos más o menos picantes.

—Se conoce que era más grande el difunto, dijo el Colegial.

—¿En donde le hicieron ese traje? preguntó el Abogado.

—En los barros del gobierno que usted defiende, contestele.

—Es el mismo don Cirilo en persona, dijo la Catita.

—No, niña, repuso Cipriana es que se ha mandado hacer un vestido crecedero.

—Gracias, señorita, por lo muy chiquillo que me encuentra respóndile.

¡Dios me lo guarde! exclamó don Abundio, abrazándome con la mayor familiaridad; Dios me lo guarde para un bailarín de comedia!

—¡Una idea! exclamó el Colegial, dándose una palmada en la frente. A propósito de comedia, se me ha ocurrido...

—Oigamos la ocurrencia, interrumpió don

Abundio, que será cosa linda, viniendo de quien viene.

—Allá va la idea: hagamos cuenta que somos una compañía de comediantes... Ya tenemos el bailarín... Usted, don Abundio, podría ser el galán...

—Y usted ¿no estaría bueno para payaso? interrumpió bruscamente el viejo.

—¡En tiempo de chaya nadie se enojal dijo riendo doña Ruperta.

--No estoy enojado, Rupertita, ni lo negro de la uña, porque tengo un genio como unas malvas Como que he nacido para casado. Pero también es bueno que el Colegialito sepa que quien falta al respeto, rompe el parapeto, y boca que habla, orejas que oyen.

—Y además, agregó el Abogado, es una regla de derecho que el que está a las maduras tiene que estar también a las duras.

—Dígame, señor Abogado, preguntó de repente el Colegial, poniéndose en jarras delante del casi juriscónsulto, dígame ¿por qué se muestra usted tan apasionado del Gobierno? Por qué va tras de las duras o de las maduras?

Todos lanzaron una carcajada, mientras el Abogado rojo como unas amapolas, decía:

—Bien ha dicho don Abundio que usted haría un buen payaso en la comparación.

—Acepto el cargo, a condición de trabajar bajo la dirección de usted.

—¡Oh! ¿Por acaso me tiene usted por un farsante?

—¿Yo? Cómo he de creer eso de una de las lumbreras del foro chileno? De ningún modo.

—Y entonces...

—Lo que digo es que hay farsantes que gritan, ríen y saltan, y farsantes callados, serios y formales...

—A mí no me gustan ni unos ni otros....

—Pero, hombre, ¿y cómo diablos es usted tan gobiernista?

—Basta de indirectas, interrumpió Tristán.

—Sí, agregó don Abundio; indirectas del Padre Cobos.

—¡Capítulo de otra cosa! Exclamó doña Policarpa, que es malo esto de tirarle la capa al toro, y hay cosas para calladas y otras para habladas, que no todo se ha de decir en este pícaro mundo, por cierto que sea ello, pues muchas veces la verdad es amarga y la mentira siempre es dulce: y por esto es que hay mil ocasiones en que al buen decir se opone el buen parecer, y en este mundo estamos para parecernos bien los unos a los otros...

—Luego tengo yo razón en quererle pare-

cer bien a la Rupertita, interrumpió don Abundio.

—Y mucha, compadre, respondió doña Policarpa, riendo como todos, al oír las palabras del viejo.

Doña Ruperta algo contrariada fué la única que no se rió; y dirigiéndose a mí, me dijo:

—Todo este incidente ha sido motivado por su vestido, que, a decir verdad, no está cortado a la medida. Con él está usted de quitar una pasión arraigada.

—En tal caso (le respondí), ruego a mi amigo Tristán que no se presente jamás ante usted vestido de esta manera.

Doña Ruperta, no contestó, sino que bajó los ojos y se puso colorada. Esto vino a confirmar lo que ya sospechaba yo, a saber: que la señora viuda y reviuada, pretendía que mi amigo Tristán la hiciera pasar a terceras nupcias. Más en lo ménos que pensaba el joven era en emparentarse tan de cerca con doña Ruperta, pues se echaba de ver, desde lejos, su inclinación a Narcisa. Doña Policarpa parecía aprobar esta pretensión, y aún llegaba hasta interponerse entre doña Ruperta y Tristán, alentando las aspiraciones de don Abundio. que se bebía los vientos por la dos veces viuda. Por ir tras de Narcisa, Tristán no echaba de ver que Cipriana le miraba con

más que mediano interés, cosa que había puesto de mal humor a doña Ruperta.

El colegial seguía las aguas de Tristán; pero Narcisa, sin atender ni a uno ni a otro, solo tenía ojos para mirar al abogado, el cual parecía estar (por la judicatura de letras en expectativa) mucho más prendado del gobierno que de las niñas, según era lo mal que recibía cualquiera palabra que oliese a oposición. Los únicos que parecían avenirse eran Catita y el español, que conversaban a un lado. Mientras éste la hablaba al oído, la simpática niña jugueteaba con sus dedos de marfil y rosa sobre las cuerdas del arpa, produciendo armoniosos acordes entremezclados de arpegios llenos de sentimiento, con los cuales contestaba, sin duda, a las palabras de su amante, sin fijarse, ni por asomos, en los esfuerzos que don Abundio hacía por alcanzar a ser su padrastro.

—¡Rupertita decía el viejo entre chanzas y veras: usted me acaba de arrebatarme los cabellos... pero sepa que ya antes había yo perdido la cabeza por usted.

—¿Y la ha tenido alguna vez? preguntóle riendo la señora.

—¡Ay, amiga de mi corazón! Cerca de usted pierdo el seso... Soy hombre al agual

Entrégale el peluquín, hijita, dijo en voz baja doña Policarpa. Mira que no es caridad

hacer que el buen caballero luzca su calva, pues nunca debe lucirse lo que es bien tener oculto; fuera de que muy bien puede coger un mal de aire.

—No le temo al aire, comadre, sino al de saire, respondió el viejo.

—¡Ah! prosiguió la señora, dando un suspiro: va mucho de tiempo a tiempo. Hoy en calvecen los hombres muy temprano.

Y al decir esto, se acercó al oído de doña Ruperta, y pronunció ciertas palabras, que yo no pude oír, y que hicieron lanzar a la revidada una estrepitosa carcajada. Doña Policarpa, un poco contrariada, murmuró:

—No hay que despreciar lo viejo por lo mozo, ni lo cierto por lo dudoso; y más vale pajarito en la mano que buitre volando; que por agarrar la sombra un perro perdió la carne... mayormente cuando es tan cierto aquello de cástate con viejo, y tendrás buen consejo... Porque los mocitos son hoy miel y mañana hiel, pues el que menos corre vuela, y el más amigo la pega, por lo cual yo no le ayunaría las vigalias al más santo de ellos, ni metería las manos al fuego por ninguno.

—Es que si yo pensara en eso, no buscaría marido para que me aconsejase) repuso a media voz doña Ruperta, pues ya tengo edad suficiente...

—¡Sí! le interrumpió doña Policarpa: ya

veo que no eres una chiquilla sin seso; y por eso digo yo: cada oveja con su pareja. Créeme a mí, que tengo experiencia; y la experiencia es madre de la ciencia. No hay que mirar las cosas tan de alto abajo, pues nadie puede decir de esta agua no beberé, por turbia que esté; que todo lo demás es soberbia, y Dios castiga aunque no a palos. Yo siempre diré, prosiguió, alzando poco a poco la voz, que marido de pocos años, todo es engaños y desengaños ..

—¿Lo dice usted por mí? preguntó riendo el Coligial.

—Por nadie lo digo y por todos lo digo, respondió la señora en el mismo tono de chanza; y de lo que a nadie digo, nadie tiene porque quejarse. Lo demás, hijito es resollar por la herida, y quien a destiempo se excusa, a sí mismo se acusa. Yo solo quería decir que quien sin pensarlo se casa, ahí verá lo que le pasa; por lo cual se debe tener presente aquello de: antes que te cases mira y remira lo que haces, que esto del matrimonio es como el juego, en donde se suele entrar ganando y salir rabiando, pues no siempre es oro lo que reluce, ni todos son tan trigo limpio que digamos; y hay melones muy lucidos que por dentro están podridos.

Esto es lo que yo quería decir, así como

quien habla con la pared, y el que se queme, que sople; y el que tiene picada la muela que se la saque; y a quien le venga el sayo que se lo ponga. Y no se admire el Colegialito gusto a leche de que algún sayo le caiga encima, y le venga como de molde, porque en este pícaro mundo nadie se escapa, y cuando llueve todos se mojan; ni oiga lo que digo como quien oye llover; al contrario párate cuando habla el viejo, y escucha sus consejos. Continás que arrieros somos y por un camino andamos; y tontos seremos, si no nos ayudamos, pues hoy por tí mañana por mí; y el consejo corrije al que yerra y ayuda al que no yerra; y hágote porque no hagas: y así es como una mano lava a la otra y las dos lavan la cara...

—¡Santa Bárbara bendita! exclamó una voz en la puerta del salón. Tempestad de refranes tenemos!

—¡Don Cirilo, amigo mío! dije yo, alzándome prontamente de mi asiento para ir a saludar al dueño de casa que parecía venir muy acalorado.

—¡Mi querido amigo! respondió él, abrazándome con la amabilidad de siempre; desde que entré en la antesala, oí su voz; y aunque descaba saludarlo, tuve que esperar ahí fuera hasta que pasara la nubada de refranes que esta mujer de mis pecados ha deja-

do caer sobre ustedes. Y lo peor es (agregó) que ella no se corregirá sino tarde, mal y nunca, pues la cabra tira siempre al monte, y el lobo muda los dientes más no las mientes: así es que escuchará ella mis consejos, cuando la rana críe pelos, pues todo es predicar en desierto y majar en hierro frío... Y mírela usted como está ahí, que ya se le van los filos por responderme, pues si yo le digo que calle, compra guitarra: y así tendré que sufrirla hasta que el Señor me eche la tierra encima, pues moro viejo nunca será buen cristiano, y quien malas mañas ha...

—Cirilo! gritó la señora, sin poderse contener. La sarten le dijo a la olla: Quítate, sucia, que me tiznas! Me echas en cara mis refranes cuando es cierto que si bien canta el abad, no le va en zaga el sacristán. ¿No ves como tú también los echas de lo lindo? Eso es ver la paja en el ojo ageno y no la viga en el propio. Así conozco muchos predicadores, que con una mano le hacen la cruz al ladrón y con la otra se roban la gallina, sin parar mientes que no hay mejor predicar que el bien obrar.

—Tú me has pegado esta maldita costumbre respondió don Cirilo, pues las malas mañas son como la peste; y por esto se dice que un loco hace ciento, y que el animal mañoso

echa a perder una hacienda, y que quien con lobos se junta...

—Eso es grosero, Cirilo, interrumpió doña Policarpa. Esos refranes no son dignos de una sociedad escogida. Debieras decir: quien anda entre miel, algo se le pega, y dime con quien andas te diré quien eres...

—No con quien naces, sino con quien paces, agregó Nicolasa.

—A propósito de miel y de paces, dijo don Cirilo, ¿está ya servido el almuerzo?

—Falta poco, respondió la señora.

—Que sea pronto, mujer, porque tengo una hambre mayúscula.

—No ha sido posible hacer más, hombre, porque todo lo que se quiere no se puede, ni todo lo que se pide se obtiene. Yo he tenido que estar aquí a la estaca, atendiendo a las visitas, y ya sabes que no se puede repicar y andar en la procesión. Continúa que no es bien apurar las cosas, pues así nada sale bueno y quien apurado vive, apurado muere. Ya te he dicho mil veces que faena apurada, acabada pronto, pero mal acabada. Despacito se anda lejos, que no por mucho madurar amanece más temprano: y aunque es cierto aquello de quien temprano se levantó una bolsa de plata se encontró, también lo es que más madrugó el que la perdió...

—Pero, mujer, por Dios, a donde vas a dar con...

—Paciencia y barajar, hijo mío, que con la paciencia se gana el cielo, y el que se enoja dos trabajos tiene. He mandado hacer unas empanadas, y antes que salgan del horno, no podemos sentarnos a la mesa.

—Está bien: pero te ruego que ahorres muchos preparativos, porque traigo aquí para que me quepa bien el almuerzo, el mejor de los condimentos, cual es una buena hambre.

—Sí, ya sé que para la buena hambre no hay mal jigote, ni para diente agudo hay pan duro; pero advierte que estamos con gente; y a la visita todo honor aunque sea de los infiernos. Esas mujeres han trabajado como un negro; y al amigo y al caballo no hay que apurarlo. En fin, voy a ver aquello; porque al ojo del amo...

Salió la señora y don Cirilo quedó meneando la cabeza. A ese tiempo el Colegial llamó la atención del buen caballero, diciendo que quería entablar ante él una demanda en forma.

—¿Contra quién? preguntó don Cirilo.

—Contra la señora doña Ruperta.

—¿Y en qué ha podido ofender a usted este angelito?

—Con veinte años en cada pata, murmuró Cipriana.

—No soy yo el ofendido, respondió el Colegial sino el señor don Abundio, que me ha dado su poder en forma para demandar de esta señora su peluquín.

—Ah! exclamó el bromista don Cirilo? con que tenemos robo, eh?

—Y con fractura, agregó el Colegial, pues con el tirón dado a la peluca, esta ladrona señora cortó el cordón con que estaba atada por detrás de las respetables orejas de mi representado.

—Así es la verdad, dijo don Abundio; y no solo el peluquín me ha robado esta señora, sino también el alma.

—¿Por acaso soy yo el Diablo para que ande tras de su alma? preguntóle vivamente doña Ruperta.

—¿El Diablo, usted? exclamó don Abundio ¡quién sabe! También el Diablo es angel; y así como a usted también a él le gusta hacer penar a los que bien lo quieren.

—Aquí está su peluca, pero no se la entregaré hasta que usted no me desenoje.

—¿Y por qué está usted enojada con este su rendido servidor?

—Porque usted tuvo el atrevimiento de abrazarme...

—La ocasión hace al ladrón, observó Nicolasa.

—Y en arca abierta el más justo peca, agregó Cipriana.

—Tienes razón, niña mía! respondió don Abundio. Yo no fuí dueño de mí... Y como el arca estaba abierta...

—¡Oh! usted me abrazó a traición! interrumpió doña Ruperta.

—Es verdad... He sido un traidor. Confieso mi pecado; y declaro aquí para que conste, que aquel fué un abrazo dado por la espalda... como si digiéramos al revés, incorrecto pero que puedo enmendar al momento, dándoselo al derecho .. ¿quiere usted?

—Sí yo fuera el juez dijo Tristán, condenaría a don Abundio a la pena del Talión.

—¡Sí! exclamó el Colegial. ¡Ojo por ojo, diente por diente, abrazo por abrazo!

—¡Esa si que es judicial! dijo don Abundio, dando un saltito de gusto. Aquí me tienen a su disposición, Rupertita, vénguese usted, abrázame por donde y como Ud. quiera...

—¿Está usted loco?

—¡Talvez! porque, conociendo mi pecado i confesándolo como el rey David, no tengo fuerzas para arrepentirme de él, como aquel Santo Profeta. Al contrario, tal es la debilidad humana, que temo volver a caer en primera opornidad. Pero el loco por la pena es

cuerdo; y yo estoy pronto a sufrir aquí el castigo de mi culpa. Sea usted mi verdugo, Rupertita; ahógueme, estrangúleme entre esos brazos de alabastro...

—Se le hace viva la parada, dijo don Cirilo, riendose en sí bemol.

—Pues para que le entregue la peluca, dijo doña Ruperta, es menester que usted me pida perdón aquí delante de todos.

—Lo de menos es eso, respondió el viejo, echándose a los pies de la viuda. ¡Oh! luz de mis ojos! Norte de mis ardientes deseos, polo magnético de mis aspiraciones, pábulo de mis recuerdos, aliento de mis esperanzas, guía de mis pasos: soberana deidad de mi culto, cadena y grillos de mi albedrío...

—¿Acabará usted al fin? le preguntó doña Ruperta.

—Quisiera no acabar en mil años para vivirlos todos aquí a sus pies, Rupertita, como en afectísimo i seguro servidor...

—Que besa sus manos, agrego el colegial.

—Eso por sabido se calla, respondió don Abundio, sin alzarse del suelo. Perdóme usted, Rupertita de mi corazón...

—Lo perdono y le devuelvo a usted su peluca, dijo la señora poniéndola por su mano sobre la calva del viejo; y ojalá pudiera con esto devolverle el seso que le falta.

— Quien te quiere te aporrea, dijo doña

Policarpa, que acababa de llegar al salón. Amigos míos, la mesa nos espera, pasen a hacer penitencia.

—¡Santa palabra! respondió don Cirilo. Vamos, señores, a echar algo por debajo de las narices, que a comer y a misa una vez no más se avisa.

—Mira como tú también refraneas, dijo doña Policarpa.

—¿Qué quieres mujer? La hambre hace hablar hasta los loros. ¿Piensas que los refranes han sido hechos solo para tí? No, hijita, que donde hay unos hay otros; y en donde las dan las toman; y entre sastres no se pagan hechuras. Ya que tú no puedes dejar esta manía, pienso tomarla yo de lleno para que no quedemos a debernos ni uno ni otro; que amor con amor se paga, y el que debe y paga no debe nada; y cuando dos hieden no se huele...

—Ya te he dicho, hombre, que esos refranes groseros son de pésimo gusto, le interrumpió doña Policarpa, marchando del brazo con su esposo hacia el comedor, y seguidos de las demás parejas. Mira, Cirilo, (prosiguió) que hay muchos que se pierden por el pico; y no hay mayor loca que la boca... y la tuya necesita de freno...

—¡La acertaste, mujer! ¿Con que después

de aturruyarme con tus refranes, has resuelto refrenarme?

—No tomes el tizón por donde quema, hombre de Dios, ni agarres el rábano por las hojas. Acuérdate de que no hay palabra mal dicha, siendo bien entendida. Como tú no atiendes nunca lo que yo te digo, y como el que no atiende no entiende; y como además las cosas y los casos varían según por donde se les mire, y como por otra parte...

—¿Hasta cuándo echas como, Policarpa? Desembucha pronto y déjate de rodeos.

Más vale rodear que no rodar, Cirilo, y como dice el adagio...

Deja que el adagio diga lo que se le antoje. No me ibas a hablar algo sobre los frenos?

—Te iba a decir que el que su boca no enfrena y su lengua no refrena, tarde o temprano sufrirá la pena. Porque al que acostumbra pronunciar palabras indebidas se le va la boca, mayormente si son refranes, por la natural inclinación del cristiano a repetirlos, pues los refranes son algo como las jaculatorias de la vida... Dios me perdone, si he dicho una heregía... Por eso es, Cirilo, que tu boca no necesita de freno...

—Lo que yo veo es que tú has cambiado los frenos, Policarpa.

—¿Por qué?

—Porque siendo yo el marido, eres tú la que siempre me amonestas y pretendes enfrenarme, sin querer ser enfrenada jamás que esto sí que sería lo justo...

—Lo justo es lo justo interrumpió sentenciosamente la señora, sea mujer u hombre quien lo dice, pues no está la monta en mandar sino en saber mandar; y señores maridos y mandantes conozco yo que saben tanto de gobernar como de cantar misa el Gran Turco. Ten presente que el consejo de la mujer ayuda al hombre.

—Cuando no lo echa todo a perder, interrumpió don Cirilo. Pero en fin, ya hemos llegado a la mesa. Dejemos las filosofías a un lado y hagamos por la vida... .. Señores! prosiguió alzando la voz, cada cual a su asiento y cada uno con su cada una, como Dios manda. Yo me sentaré el primero (y lo hizo) para darles el ejemplo, pero como dice aquel adagio... Policarpa, ¿Cuál es el refran que aquí viene al caso?

Calla, truan, respondió la señora, mientras indicaba su asiento a cada huésped. No a todos les es dado ser graciosos, pues algunos, con sus gracejos, no pasan de ser grasosos y empalagosos. Catita, ese es su asiento... Cada uno con su cada una, como dice Cirilo,

aunque otros dicen: entre santa y santo, pared de calicanto.

—Pero esa regla no rige con nosotros los pecadores, dijo el Colegial, sentándose junto a Narciza, la cual había ya ocupado el lado izquierdo del abogado.

—Ah, colegialito! exclamó riendo la señora: eso es amarrar perros con longanizas, y darle al borracho la llave de la bodega... Rupertita! aquí, hijita este es el asiento que te corresponde..... Y usted, compadre don Abundio, venga a sentarse al lado de esta amiga para que me la cuide

—¡Qué me place! respondió el viejo, sentándose al lado de doña Ruperta. Jamas se me había dado una comisión tau de mi gusto... Y usted, Rupertita, ¿qué dice?

—Ustedes me dispensarán, dijo doña Policarpa, (sentándose después de todos) el que les haya hecho esperar, que el que espera desespera; mas para ello ha habido sus motivos; y en habiendo motivo, no hay mas que aguantar. He estado aguardando a que el señor capellán llegue.

—Has hecho mal en esperar tanto a su paternidad, dijo don Cirilo

—No, hombre, replicó la señora, pues ya sabes que... la Iglesia por delante.....

Sí, hasta en los malos pasos.

—Aunque no siento tanto al fa ta del re-

verendo, pues no hay mal que por bien no venga. Ahora somos la docena legal, y con el santo religioso se habría enterado el fatal número de 13.

—Déjate de abusiones, Policarpa, dijo don Cirilo con la boca llena.

—Yo tengo mucho miedo a este número, replicó ella, pues que cuentan mil cosas... .. cuando el río suena, agua lleva, que la mentira es hija de algo... Mira, muchacha! quita ese plato... Y no hay run run que no tenga su origen... Telésforal menea el mosqueador. ¡Qué infierno de moscas este año! Ah! ya se acabaron aquellos tiempos en que se conjuraba a las moscas y a los ratones... No te rías, Cirilo, de las cosas sagradas... Yo no sé porqué los hombres son siempre tan incrédulos.....

—Y las mujeres tan incrédulas.....

—A mí me gusta el justo medio, y por eso digo: no hay que creer en brujos; pero no fiarse de ellos Y el colegial ¿qué hace que no le sirva vino a la niña que tiene al lado? Estas chuletas están arregladas por mis propias manos; sírvale a la Rupertita, compadre don Abundio.

—Mil gracias Policarpita.

—Están como de su mano, comadre. Y este pavo ¿también lo ha mechado usted?

—Por supuesto! Hoy por hoy, no se en-

cuentra quien la ayude a una en los quehaceres de la casa, por lo cual es preciso sacar fuerzas de flaquezas y hacer de necesidad virtud, ateniéndonos al adagio que dice: no hay mejor servidor que el mismo señor, pues el que sirve a sí mismo estará siempre bien servido.

Por este estilo siguió la conversación, hasta que concluimos de almorzar. Levantados de la mesa, dejamos en libertad a las señoras, pues sabíamos que doña Policarpa acostumbraba dormir su siesta de hora y media; y antes que faltar un solo día a tan patriarcal costumbre, dejaría ella de decir refranes toda una semana. Yo me fui a la viña; y debajo de un umbroso parral, sentéme a borrajear a la ligera las escenas de que había sido testigo en la mañana, poniendo en tortura a mi pobre memoria para recordar los refranes de doña Policarpa.

En esto estaba, cuando divisé a don Abundio allá debajo de unos perales, sentado en un tronco con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos como si meditara profundamente. Luego se puso de pie; y dió algunos paseos, y se me perdió de vista. Tres cuartos de hora más tarde, lo ví venir hacia mí, dando muestras de gran agitación.

—¿Qué le parece, amigo mío? me dijo, po-

niendo sus dos manos sobre mis hombros, con descortés familiaridad.

—Me parece mal, contesté yo.

—¿Cómo? Le parece mal esa mujer?

—No, señor. Lo que me parece mal es que usted se cargue tan fuertemente sobre mis hombros.

—Ah! Pues yo me refería a esa mujer encantadora.....

—¿Qué mujer?

—¿No se ha fijado usted en aquella apostura, aquel garbo, aquella gracia y en todo aquel señor modo que seduce y encanta?

—¿Se refiere usted a doña Ruperta?

—¿Y a quien me había yo de referir? ¿Ha visto en su vida, gallardía mayor? Le aseguro que me tiene transtornado; y si no fuera porque ella es una coqueta... Sí, señor, una coqueta (prosiguió, exaltándose de repente) coqueta desde los piés hasta la cabeza... Lo dicho dicho, y no me desdigo, pues el que dice la verdad no miente. ¿Creerá usted que, después de darme esperanzas, la veo ahora inclinarse a Tristán Cáceres, que no tiene en donde caerse muerto? Y vea usted: conmigo no solo tendría esta ingratonaza que comer y que merendar, sino también que cenar, cosas tan necesarias para soportar los golpes de la suerte, pues, como Sancho le decía a su Rucio: los duelos con pan son menos, o como

dice mi comadre Policarpa, barriga llena, corazón sin pena.

Yo estaba admirado al ver como aquel original vejete, sin tener conmigo la menor onfianza, llegaba, de buenas a primera a onfiarme sus amorosas cuitas; pero él, sin curarse de esta circunstancia, y tratándome como a su antiguo amigo, prosiguió (esgri miendo los brazos en el aire, como si jugara al sable, lo que me obligó a ponerme inmediatamente en guardia):

—Cómo se lo digo, amigo mío! Esta mujer es el mismo diablo! ¿No echa usted de ver lo que ella quiere hacer conmigo?

—No, señor, le respondí, dando dos pasos atrás, al ver que aquel hombre se me acercaba, lanzando puñetazos al aire como un poseído.

—¿Cómo? replicó él, dando un furioso mandoble. No lo veo bien, sin embargo está claro que ella quiere darme calabazas, a pesar de lo que mi comadre Policarpa le habla en mi favor. ¿No lo ve usted? No ve usted bien las calabazas?

—Si las veo, señor! si las veo! respondíle, defendiéndome en retirada.

Más aunque evitó el ser manoteado por el viejo sátiro, no pude defenderme de una rociada de saliva (con perdón sea dicho) que de su boca saliera; con las últimas palabras. Yo,

llo de coraje, traté de dejarlo solo; pero él me cerró el paso; y sacudiéndome un brazo me dijo con aire triunfal.

—Ah! Calabacitas a mí! ¿Cree usted que yo soy de los que se chupan el dedo?

—Yo nada tengo que ver en eso, le interrumpí secamente.

—Antes de que ella me calabacee, prosiguió él, pienso en ganarle el quien vive.

—¿Y qué diablos me importa a mí todo ese fárrago?

—Cómo no ha de importarle ésto, siendo usted un amigo a quien he comenzado a estimar tan de veras? Sí, mi amigo, el hecho es que se las cantaré clarito a la viuda y re-viuda... ¡Calabazas a mí! Sí, sí! clarito... Yo le preguntaré cuantas son cinco!

Y al decir esto, alzó en el aire los apretados puños, y se vino derecho hacia mí, pues yo me había separado de él algunos pasos, huyendo de su expresiva manera de conversar. Al verlo venir tan de sopetón, pensé poner en práctica una idea que ya se me había ocurrido; y metiendo la mano en un bolsillo de mi chaleco (que era lo que de mi ropa conservaba) saqué un pequeño revólver que allí traía. No bien vió el arma don Abundio, cuando, parándose de repente, me preguntó asustadísimo.

—¿Qué significa esto, amigo mío?

—Es una pistolita de cuatro tiros, muy cómoda para llevarla en el bolsillo.

—Oh! exclamó, viendo que yo armaba y desarmaba el revólver con la boca del cañón hacia él. Mire usted que no es bueno jugar con las armas de fuego!

—Pero, señor, si no está cargada!

—Aunque no lo esté. Yo soy muy nervioso. No, por Dios! no apunte el cañón hacia acá... Le aseguro que no está en mí... He visto tantos casos... que casi creo aquello de que el diablo las carga... No sé como hay personas que tienen valor de llevar pistolas en los bolsillos, dijo sentándose en uno de los bancos que allí había.

Y luego, alzándose de repente, volvió a decir, con gran agitación:

—Hartas vergüenzas me ha hecho pasar esta infernal mujer! Sí, amigo mío, querido! Sus desdenes me han hecho beber el cáliz de la amargura, y solo por el bien parecer no he dado mi brazo a torcer. Le hecho un gesto al desaire; he mordido el palo, y he tenido que hacer de tripas guatas, como dicen, a fin de no darle a ella en el gusto, que es reíre de mí... pero ya verá quien es Calleja! exclamó dando un mandoble, que me pasó raspando por el hombre izquierdo. El que ríe al fin ríe mejor,... Yo me vengaré.

¿Y de quién piensa usted vengarse? pregunté yo, arrinconado contra un rosal, a donde me habían hecho huír las nuevas embestidas de aquel energúmeno.

¡De quién he de querer vergarme, exclamó, sinó de ella! ¿Piensa usted que yo me iría a meter con Tristán para que el mozalvete me rompiece la crisma, y ella se quedase riendo a más y mejor? Nó, mi amigo; las mujeres no entienden sino por mal, y a la mujer mala palo... Y no me diga que uó, prosiguió, arremetiendo nuevamente hacia mí, porque las conozco por dentro y fuera, como a mis manos, pues no he vivido en balde estos años que tengo... Sí, amigo mío, no hay que mermarles un pelo... palo y palo con ellas!... Y en casándose, matarles el gato tempranito, para ganarles el quien vive... Porque casi todas son paradas en el hilo y tienen más leyes que catete... Sí, sí! garrotazo y tente tieso! Este es todo el secreto para vivir en paz con ellas.

Mientras así hablaba, conseguí salir de aquel rincón y retirarme un poco; pero él me persiguió, dando tajos y reveses, hasta que logró atajarme de nuevo. Entonces no me quedó otro recurso para librarme de él, que soltar un tiro, como salido por casualidad. Al oír el estallido, abrió los brazos, lanzando

Y...

un grito espantoso, y cayó sentado sobre el suelo.

—Estoy herido! exclamó. Socorro!

—No es nada, señor, le dije, ayudándole a levantarse.

—¿Y cómo me decía usted que la pistola estaba descargada?

—No sabía que quedara este tiro.

—Para que vea como es cierto que suele cargarlas el diablo... Míreme bien si estoy herido, proseguía, registrándose el pecho. Yo siento un dolor dentro de la caja del cuerpo, como si la bala me hubiese atravesado de parte a parte... Examíneme la espalda, por Dios! prosigió, obligándome a que le pasara la mano por el dorso. Siento un dolor aquí, un poco más arriba de los riñones... Más para arriba!... No tanto!... Baje la mano... para la izquierda ahora... Ahí está! Me parece que la bala hubiera salido por ahí .. ¿Encuentra algo?

Asegúrele que no tenía nada, pues el dolor que sentía no era producido sino por el golpe que, al caer, se había dado contra el borde de uno de los bancos de madera. Convencido de que no estaba herido se tranquilizó y me dijo:

—Ruégole mi querido amigo, que no cuente el caso, porque no puedo negar que he tenido sustillo. A cualquiera se la doy... Y

si esa mujer llega a sospechar que he tenido miedo, soy hombre al agua.

—Nadie sabrá por mi boca lo que ha sucedido, le dije dando muestra de querer retirarme de allí.

—No se vaya! exclamó sujetándome. Voy a explicarle la cosa. Antes de que ella me calabacee, he resuelto darle unos versos bien picantes, a fin de que despierte en ella el cariño que me ha tenido. Más de una hora he estado sentado en aquel trouco, sin poder urdir mis décimas... Bien dicen que en cuanto un cristiano se enamora, se pone bruto hasta los mismo talones!... Esto es lo que me ha pasado a mí... Dígame: ¿podría usted hacerme estos versitos?

—Pero si yo no soy poeta! exclamé soltando, a pesar mío, una carcajada.

—Vaya! replicó él. no se haga usted de las monjas... sea condescendiente... Si usted me sacude bien a esta pícara, yo le prometo...

—Pero ¿cómo quiere que yo escriba contra una persona que ningún mal me ha hecho?

—Me lo ha hecho a mí, y esto basta. Usted hará los versos a mi nombre y bajo mi responsabilidad. ¿No ha visto usted a los abogados cómo en sus escritos insultan y calumnian a la parte contraria, sin que ésta les haya hecho jamás ningún mal? Y no por eso los señores abogados dejan de ser unos caballeros nobles,

leales y dignos a las derechas, pues lo que ellos dicen en sus escritos no es una cosa dicha por ellos, sinó que el cliente es el que, a la fin y postre, viene a decir todas esas cosas, ¿Por qué han de ser los poetas más escrupulosos que los abogados? Y no me diga usted que no es poeta, pues yo he visto versos de usted; y además, como dice mi comadre Policarpa, de médico, poeta y loco, cada cual tiene su poco. ¡Ah... allí viene!

—¿Quién viene?

—Ella; es ella misma!

Y siguiendo con mis ojos la dirección de su dedo, ví que por entre unos árboles andaba doña Ruperta, acompañada de Catita y Narcisa.

—Yo no sé lo que me pasa con esta mujer, prosiguió don Abundio, con muestras de gran zozobra. Por más enojado que esté contra ella, no hago más que verla, cuando se me evapora el enojo como por encanto. Ahora le ruego, amigo mío, que esos versitos que ha de hacerme para ella sean amorosos...

—Pero, ya le digo, señor, que...

—Déjese de excusa y vea la pena en que me hallo... Hágalo por lo que usted más estima... que sean unas décimas decidoras... o más bien unas quintillas que se le claven en el corazón, como amorosos dardos... En fin,

haga cuenta que usted está enamorado de ella, lo que Dios no permita...

Estas últimas palabras me trajeron a la mente una idea que quise poner en práctica para deshacerme del importuno vejete.

— Señor, le dije, quiero ser franco con usted, pues de otro modo no pagaría la gran confianza con que usted acaba de honrarme.

— Oh! hable usted, amigo querido! exclamó don Abundio, abriendo los brazos y encaminándose hacia mí. Abrame ese pecho! prosiguió, parándose de repente, al notar que el cañón del pequeño revólver estaba dirigido hacia él. Apuesto a que usted está enamorado como yo... ¿Acerté?

— Así es, señor mío.

— No lo decía? cuando yo yerro doy en un ojo... Además, se me ha puesto que ella es la Catita..... Ahora sí que lo veo todo claro como el agua... Será usted marido de la linda Catita... Prometo hacerle buen tercio si, yo llego a desposarme con Ruperta. Sí! será usted mi yerno..... Ah! que gusto! Déjeme usted abrazarlo, hijo mío... Abraze usted a su padre!

Y diciendo esto, se alzó vivamente del banco y corrió hacia mí con los brazos abiertos, y gesticulando como un loco. Al ver el revólver, se detuvo y me dijo:

—¿Hagamos las quintillas?

—Ya le digo que me es imposible hacer eso. Es verdad que estoy enamorado; pero no de la Catita.

—¿Y de quién es entonces?

—De doña Ruperta.

—Usted, hombre de Dios! exclamó él, dando dos pasos atrás. ¿Usted?

—Yo señor, le contesté, mordiendo mi pañuelo para contener la risa.

—Y desde cuando data ese amor?

—Desde que la ví hoy.

—Pues estamos frescos! Y yo que le pedía versos al ciudadano!

—En caso de hacérselos a la señora, haría-los por mi cuenta, le dije, con resuelto tono.

—Ya lo veo... ¡A buen roble allegaba mi hacha! exclamó, separándose de mí, sin la menor ceremonia, y encaminándose hacia el objeto de sus afanes.

En aquel momento oí que a poca distancia pasaba el colegial con el arpa a cuestas. Al verme, hízome señas, gritando:

—A las higueras! A las higueras todo el mundo!

Esta voz de orden fué repetida por varias bocas, en diversos puntos de la arboleda. Yo

oí los gritos de don Abundio que decía con elevada y chillona voz:

—A las higueras, Rupertita! Que yendo tú a las higueras, nosotros iremos al Paraíso.

Todos se encaminaron hacia el punto a donde parecía haberse dirigido el colegial, y yo seguí también la misma dirección, guiado por los gritos de júbilo que oía. A poco andar descubrí, en uno de los extremos de la gran arboleda, un inmenso grupo de higueras; y apurando el paso, no fuí el último en llegar a aquel sitio verdaderamente encantado. Nicolasa, Cipriano y el colegial nos habíau preparado una deliciosa sorpresa aprovechando tan bien el tiempo, que solo unas dos horas les bastaron para convertir aquel sitio en un salón de baile.

Figúrese usted, amigo mío, un circuito de unos 30 metros de diámetro, rodeado de higueras de gruesísimos troncos cuyas ramas se levaban, encorvándose hacia el centro, y entrelazándose hasta formar una altísima bóveda de verdura, por donde no penetraba un rayo de sol. Entre los troncos de las higueras crecían guindos de follaje verde oscuro, salpicado de corales, rosas de variadísimos colores, entretegidas con parias y enredaderas, que formaban las paredes de aquel inmenso cimborio de follajes. En torno del circuito corría el canal del molino, que, así re-

frescaba el aire embalsamado por las flores, como halagaba él oído con el suave murmullo de su corriente. Sobre la enramada o escondidas en el follaje, cantaban bandadas de tencas, diucas, zorzales y tordos, atraídos por la fruta y la frescura del sitio, en las ardientes horas del medio día. Una gran parte del suelo estaba cubierta de esteras y alfombras de diversos tamaños y colores; y sobre ellas habíase colocado un venerable escaño del siglo pasado, laboreado a cuchillo y muchas silletas y banquillos de madera, todo ello en amable desórden. El resto del pavimento se había barrido y limpiado con esmero.

Los que no estábamos en el secreto, lanzamos un grito de admiración, y felicitamos muy de veras a las niñas y al colegial, por la realización de tan feliz idea, que a todos ellos pertenecía. Catita, dejando el brazo del español que la había llevado, corrió al arpa, y empezó a preludiar la canción nacional, que es lo primero que se oye siempre que un grupo de almas chilenas expresa su entusiasmo por medio del canto y de la música. El español mismo no era el menos entusiasmado; y con los ojos puestos en la arpista, cantaba:

«Dulce patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró...»

Los brillantes ojos de Catita habían convertido al nieto de Pelayo en un hijo de Colocolo. Don Cirilo cantaba y gritaba como un chiquillo; don Abundio chillaba y daba saltitos, cerca de doña Ruperta, y doña Policarpa palmoteaba de contento, y riendo a toda boca, decía:

--Eso es, hijitos! Así me gusta la gentel. Quien canta, su mal espanta; y más me agrada morir cantando, que no vivir llorando. Esto es lo que se llama echar una cana al aire, compadre don Abundio... No hay que mermar un pelo, hijitos! Gocen del sol mientras dura, y denle a la mocedad lo que es suyo, que tiempo hay de sobra para entristecerse... Alégrense, que el que no se alegra no engorda; y Dios los quiere buenos, pero no flacos... «Libertad es el eco de alarma!» Jesús Cirilo!... que desentonado estás, hombre de Dios! Compadre don Abundio lo veo a usted con quince años menos..... «¡La divisa es triunfar o morir!.. » ¿qué te parece, Ruperta? No te hagas la desentendida.. Así es, compadre; lo bueno es de los porfiados, pues el que porfía mucho alcanza, y el que se queda atrás, atrás se queda... La divisa es triunfar o morir!

Y la señora se reía y palmoteaba como una muchacha de quince años. El colegial, sin cesar de cantar, daba vueltas saltando en

torno de los diversos grupillos que se habían formado; y sin ser notado consiguió prender y unir, con un grueso alfiler, el vestido de doña Ruperta y la blusa de don Abundio. Concluída la primera estrofa del himno nacional, Catita comenzó a tocar uno de esos valeses de Strauss, que no envejecen jamás. Las parejas se formaron al instante. Doña Ruperta al encaminarse hacia Tristán, tiró de la blusa de don Abundio, quien al verse prendido con la señora, exclamó:

—Viva la patria, Rupertita! Por buen agüero tengo esto de habernos engarzado así como por encanto. El hado quiere que no nos separemos, alma mía, y yo soy, por ahora, de la misma opinión del Hado, soberano dios de la antigüedad. Valsemos, valsemos! No contrariemos la voluntad de los dioses!... Venga acá ese talle de lirios y azucenas! Viva el amor!

Las otras parejas habían comenzado ya a trazar esas interminables espirales de la más bella de las danzas. Doña Ruperta hizo un gesto indefinible, al ver que Tristán se le escapaba de las manos; y cayó en los ávidos brazos de don Abundio, que la atemorizaban y atraían como el abismo. El viejito estaba contentísimo; sus ojillos grises relampagueaban bajo sus pobladas cejas, y de cuando en cuando me miraba sonriéndose, como si me

dijera: «¿usted la ama? Está bien; pero yo bailo con ella».

Aún seguían danzando algunas parejas, cuando se dejaron oír fuera de la enramada los preludios de una guitarra, acompañada del sonoro rabel.

—Esquinazo tenemos! gritó doña Policarpa.

Así era la verdad. Dos cantoras ganguearon más bien que cantaron, una tonada de las de «pata en quincha», la cual concluyó con la despedida a doña Policarpa:

«Señora Policarpita,

Verde cogollo de palma,

Con mi señor don Cirilo,

Que son dos cuerpos y una alma».

Don Cirilo había sido el de la idea; y sin manifestar a nadie su pensamiento, hizo venir del molino a las cantoras, al molinero con su mujer y sus hijas, y a varios peones vestidos estrambóticamente y cubiertos de harina desde los pies hasta la cabeza. Concluida la tonada, comenzaron a parodiar uno de esos bailes de catimbados con que allá en lo antiguo solían celebrar nuestros padres la función del Corpus. Bailábase al son de rabel y guitarra, pitos, cencerros y tambores de pellejo, con gritos de ensordecer a un sordo.

Y notando doña Policarpa que aquellos gritos y saltos comenzaban ya a pecar de extremados, mandólos retirarse, diciendo:

—Bueno es el cilantro, pero no tanto! De lo bueno, poco, y de lo malo más poco, pues lo que no es medido es desmedido, y lo que sobra ninguna falta hace; y así se dice; de mala masa, un bollo basta. A ésto se les debe tratar con su señor modo, pues de lo contrario se alzan a mayores hasta llegar a pisarle el rancho a una (Dios nos libre). Es muy cierto aquello de: dale el pie al villano, y tomate ha la mano, por lo cual nunca te fies del aire colado y del roto enterado; contimás que entre rotos y descosidos sucede siempre aquéllo de la mucha satisfacción es causa de menosprecio; y muéstrales los dientes, y te sacarán la lengua. Porque estos rústicos no entienden de añuñuyes, ni se amansan con palabritas, y por eso el adagio dice: al villano con la vara de avellano.

—¿Y por qué hemos de tratar mal a nuestros servidores? preguntó don Cirilo.

—Yo no digo eso ni por piensol repuso prontamente la señora. A mí me gusta ser humana con mis sirvientes, pues nada es más cierto que el buen patrón hace al buen peón; y dale de comer a tu caballo, si quieres que te lleve a cuestras. Contimás que todos somos hijos de Adán, y a tu prógino como a tí mismo, que

lo demás no es cristiandad sino soberbia; y el que a su hermano niega, de su padre reniega. Santo y bueno es todo esto; pero la virtud sin prudencia es vicio; y las cosas han de estar en su punto medio: ni muy adentro que te quemes, ni muy afuera que te hieles. Porque no es señor quien señor nace, sino quien lo sabe ser; y los rotitos todavía no saben... No me interrumpas Cirilo, pues yo sé lo que digo, y no hablo a humo de pajas, y solo porque quieres boca. Conozco las uvas de mi majuelo, y sé adonde me aprieta el zapato! ¿Te parece que yo soy de las monjas o que me he criado en las chacras para que me quieras enseñar lo que es el mundo? Nó, hijito; que cuando tú vas, yo vengo ya de vuelta. ¿Qué me dirás a mí de estos rotitos, cuando tan tanteados los tengo? Son un lince para un lance, y no le arriendo las ganancias al que se descuide con ellos, pues el que menos corre vuela, y el más seguro la pega; y por eso es que no conviene mostrarles mucho los dientes, ni mirarlos con cara de chicha fresca, que en la confianza está el peligro, y Juan de Segura vivió muchos años; y en este caso, lo más seguro es

Ya escampal interrumpió don Cirilo. ¿Hasta cuando ensartas refranes, que pudieras hacer un rosario de ellos, con sus quince ca-sas, gozos y dolores y todo.

Mientras volvía a replicar doña Policarpa, con nuevos adagios, el español (que estaba sentado junto a mí), me dijo a media voz:

—Yo no ceso de admirar a esta santa señora. Tiene dichos y sentencias para todo, y le he oído muchos que no se usan en España.

—Las repúblicas hispano americanas (contestéle) usan miles de dichos, frases y refranes propios, la mayor parte originales, y muchos otros, que no son más que modificaciones de los de la madre patria.

—Yo he visitado todas estas repúblicas, prosiguió el español, y puedo decir que en Chile es en donde he encontrado el mayor número de estos refranes enteramente originales, cuyo conjunto forma algo como la filosofía de la vida práctica.

—Yo creo, le respondí, que eso proviene de nuestro carácter nacional. El chileno es, por naturaleza, grave, sesudo, reconcentrado y parco de palabras. Incansable para el trabajo físico, laborioso, activo, constante y paciente en la faena, nuestro pueblo está muy lejos de poseer esa activa flexibilidad de espíritu que se manifiesta en la riqueza y fluidez de la expresión hablada. Su pensamiento no vuela en alas de la fantasía, ni gusta de escudriñar cosas nuevas; y de aquí es que nuestra habla popular sea más verdadera que variada y brillante. A veces, esa expresión es

profunda, en medio de su tosquedad; y ya usted debe haberse fijado en el admirable buen sentido práctico de nuestras gentes. Les gusta más obrar que hablar; los largos discursos les molestan más que una larga caminata a pié; y se inclinan naturalmente a expresar sus ideas por medio de esos dichos agudos o picantes, o bien por esas sentencias profundas, que les ahorran grandes razonamientos.

—Ya yo había notado eso, me dijo mi interlocutor; y varias veces he visto que las gentes del pueblo se convence más bien con un refrán dicho oportunamente, que no con un extenso discurso.

—Es que no nos agrada pensar, y mucho menos pensar en alta voz. El refrán es como la quinta esencia del discurso, y presenta ya el pensamiento elaborado, de una manera lógica y acorde con nuestro modo de ser social, pues para que una sentencia o dicho no caiga en olvido y haga fortuna, llegando hasta nosotros, después de haber pasado por generaciones enteras, es preciso que haya encontrado eco en el corazón de la sociedad.

—Así es: allí está la verdad relativa, pues todos esos refranes que hayan salido intactos de la prueba, serán verdaderos, con relación a las creencias del vulgo. Los demás morirán, a poco de haber nacido, aunque entre ellos

haya algunos absolutamente verdaderos: razón por la cual yo tengo para mí que nada retrataría mejor el carácter de un pueblo que una colección, lógicamente agrupada, de dichos, refranes y sentencias populares.

—Iba yo a contestarle que era de su mismo parecer, cuando don Abundio llamó la atención, diciendo:

—¿Juguemos una malillita? Nosotros iremos de compañeros, Rupertita; o si gusta, haremos una vaca...

—Perdone compadre, interrumpió doña Policarpa. Nada de juego, porque eso y el queso empachan. Yo creo a puño cerrado que el que al juego se entrega, de su tranquilidad reniega, pues el maldito juego despierta el interés; y en llegando el interés se va la buena crianza...

—Pero comadre, interrumpió don Abundio, si es sólo por despuntar el vicio, y para entretenernos un ratito!

—Mala entretención es esa que enfría los pies y calienta la cabeza, replicó la señora, y en la cual se entra ganando y se sale rabian-do. Por poquito se principia, y al fin se queda uno con el vicio, por olvidar aquéllo de: a la mala costumbre quebrarle luego la piedad: y en teniendo tal costumbre (Dios nos libre!), ya no se puede vivir sino con las cartas en la mano.—No me diga que no, compa-

dre, porque yo sé lo que me digo; v he visto a muchos que han comenzado así como por broma y solo por picar, y han acabado por jugar el sol antes que salga, y perder lo suyo y lo ajeno, quedando al freír de los huevos, con la pala y la horqueta, y más pelados que el hueso del espinazo y más menesterosos que una alma en pena. Dios nos librel! Porque apenas saben amarrarse los calzones, y están todavía con la leche en los labios, cuando comienzan los chiquillos de hoy a querer ser hombres, pitando delante de sus mayores y jugando a las cartas y a todo lo que es una heregía ver cómo muchos mocitos pierden en una noche lo que sus padres ganaron durante años de sudores. Por eso se dice: no siento que mi hijo juegue, sino que tome el desquite. En el desquite está el peligro, y no hay juego sin desquite... Y no me diga usted que también hay otros que ganan, pues que entre el ganar y el perder, no cabe un alfiler; y nos por lo ageno, v el diablo por lo nuestro. Sí no sabré yo que lo bien o mal ganado, pronto a los aires arrojado, pues los dineros del jugador son como los del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van. Continúe que hay muchos que juegan sucio, y el que sucio juega se ensucia las manos, Dios nos libre... .

— Pero somos muchos los que jugamos limpio, interrumpió don Abundio.

— Ah! compadre, repuso la señora: el que limpio juega, limpio se va para su casa.

— Señora mía, dijo de repente el colegial, dígame y perdone: ¿ese sermoncito les toca también a los juegos de prendas?

— Ni por pienso, hijito, respondió alegremente la señora, pues ese jugar es ya otro cantar; y yo me muero por los juegos de prendas, con tal que los mocitos no se propasen, traspasando los límites de la buena crianza y del buen parecer, que es el peligro de los tales juegos... Porque hay mocitos de mocitos, y yo los tengo ya muy cateados y tanteados... Y entre ellos he visto a algunos que saben hacerse graciosos con las niñas, y se les suele pasar la mano; y con el pretexto del juegucito de prendas dicen palabritas coloradas, con las que levantan los pensamientos a las muchachas...

— Pues, señora, dijo el colegial, el pueblo pide juego de prendas y la voz del pueblo es la voz de Dios.

— Cuando no es la del diablo, respondió como un eco don Cirilo.

— Compadre! gritó doña Po'icarpa, sentándose junto a doña Ruperta, que departía amigablemente con Tristán, y dirigiéndose a don Abundio, que desde lejos miraba con celos

a su adorado tormento: ¿qué hace usted ahí, tan cariacontecido, que no se alegra? Mire usted que es preciso reír con los que ríen y a la tierra que fueres haz lo que vieres, y más vale matar a la tristeza que no dejarse matar por ella. Acerque acá su silla, y dígame ¿en qué estaba usted pensando?

—En nuestro padre Adán, respondió don Abundio, acecándose a las señoras.

—¿Cómo? En que pensaba usted? preguntó riendo don Cirilo.

—Me estaba acordando del gustazo que debió recibir el buen caballero, cuando al despertar de su primer sueño se encontró con Eva en el Paraíso.

—Prefiero los tiempos modernos, interrumpió el colegial; estos tiempos en que hay mayor número de Evas...

—Calle, hijito, que usted no sabe lo que dice, pues todavía está con la leche en los labios, repuso don Abundio. Yo trocaría, con alma y vida, estos tiempos, por aquel en que Eva no podía ser coqueta, por falta de galanes.

—Cada cual con su gusto, dijo don Cirilo, pues de gustos no hay nada escrito.

—Sí replicó, don Abundio; pero hay gustos que merecen palos.

—Ha hablado usted como un libro, compadre, dijo doña Policarpa.

— Así es, agregó el colegial, como un libro de novela francesa.

— ¿Y qué es del juego? preguntó Narcisa.

— Manos a la obra, respondió el colegial. Yo propongo la gallina ciega.

— Convenido, respondió doña Ruperta. Venga acá don Abundio, para venderle la vista

— Aquí me tiene usted, Rupertita, dijo el interpelado, alzándose pro tamente de su silla. Véndeme usted la vista, cúbrame esos ojos, que se han de comer la tierra; tápeme los bién para que no vean cosas que tanto aflijen!

— El que no quiera ver lástimas, que no vaya a la guerra, dijo Nicolasa.

— ¿Y qué cosas son esas que tanto le afligen? preguntó doña Ruperta.

— Te lo diré, ingratonaza, respondió a media a voz don Abundio.

— Muy bien, compadre, interrumpió doña Policarpa; eche luego fuera eso que tiene entre pecho y espalda, que más vale una vez colorado que toda la vida amarillo, y el que vive callando, vive penando, pues las cosas que se callan se pudren dentro del cuerpo... Vamos hable claro

— Yo lo diría todo, balbució don Abundio; pero hay veces que es peor el remedio que la enfermedad, y más vale callar, pues lo que

no ha de ser bien remediado que sea bien callado... Así es que le ruego a la Rupertita que me cubra los ojos, porque ojos que no ven corazón que no siente.

Vendóle la vista doña Rupertita; y, tomándolo de la mano, lo colocó en el centro del circuito. El juego comenzó.

—Cuenta, pues! gritaba el viejo, tratando de tomar alguna de las manos que lo tocaban por todos lados. No hay que enojarse, si pilló alguna! Hablen! hablen, pues! para saber donde están... Así es el juego...

Y despreciando las voces que los demás daban al tocarlo, don Abundio trataba sólo de seguir la de doña Rupertita. Esta adivinando la intención del viejo fué atrayéndolo, poco a poco, con sus voces, hacia un guindo, en cuyo tronco envolvió rápidamente el pañolón que llevaba. Don Abundio, al tocar aquella prenda, que conoció al momento, por el tacto, y al oír las incitantes voces de la señora, se abalanzó a ella exclamando.

—Ahora si que te pillé, picaronaza! Ahora sí que el abrazo es en regla...

En aquel momento, el colegial le quitó rápidamente el pañuelo de los ojos y don Abundio se vió abrazado del guindo tan estrechamente, que parecía no querer soltarlo tan pronto. La carcajada fué general, y don Cirilo dijo:

—Lo que son la mujeres, amigo mío! Con cualquier trapo nos engañan.

—Y lo que son los hombres! respondió doña Policarpa, que se dejan engañar por cualquier trapillo. Una navigada de solimán los vuelve locos. Y lo mejor es que no la confiesan nunca, porque antes mártir que confesor. Llaman tentación a las mujeres; pero si no hubiera tentados, no habría tentaciones, pues el espantajo espanta solo al espantadizo y muchas veces sucede lo que dice el refrán de armar el espantajo y asustarse de él... Y dejemos este juego, que tiene mucho de malos; y ya sabemos que juego de manos es de villanos, y que manos que mucho agarran todo lo descomponen, y el hombre discreto no deja rastro por donde anda, lo cual se dice: persona bien creada, mano medida y sosegada, pues la crianza se echa de ver en la medida del hombre y en el sociego de la mujer, o como dijo el otro...

—No digas más, Policarpa, por los clavos de Cristo, gritó don Cirilo, tomándose la cabeza entre manos, yo no sé cómo diablos dicen que lo poco espanta y lo mucho amansa, siendo así que esta mujer no ha logrado aún amansarme con sus granizadas de refranes. A cada paso le estoy oyendo. te casarás, y amansarás; y este refrán es tan cierto como todos los suyos...

—Cierto es este, replicó ella; y clávenme en la frente el que no sea verdadero, pues la experiencia nunca miente. Pero la verdad es amarga; y quien tiene ancha la manga, no gusta de los consejos; sin acordarse de que más vale saber que haber, y que..

—Pero si se amansa el que se casa, interrumpió don Cirilo ¿cómo es que yo no me he amansado, después de 22 años de matrimonio?... Aunque bien pensado, (agregó) es muy posible que tu refrán sea cierto, y que, sino estoy manso como un buey, es porque todavía no me he casado, lo cual no deja de ser para mí de gran consuelo, pues nuestro matrimonio será entonces nulo, y en consecuencia, tú no serás mi mujer.

—Ojalá fuera así! exclamó la señora, dando una palmada; que si así fuera, otro gallo me cantara, y no que agora... Pero peor es meneallo; y aunque esta cruz me pesa como mis pecados, yo diré siempre: no hay cruz pesada, siendo bien llevada; y como decía mi buena madre (que de Dios goce): mi marido es tamborilero, así me lo dió Dios, y así me lo quiero... Porque si nada sacas con rabiar, déjalo estar; y el prudente sabe apearse en los malos pasos; y no trueques tu caballo, que bien puedes dar con otro más mañoso...

—Pues yo quisiera cambiar de cruz, Policarpa, que en la variedad está el gusto.

—Allá te quisieras encontrar otra igual que no la hallarías, hijito, aunque la buscarás con un cabo de vela.

—Y crees tú que yo la buscaría? Nó en mis días. Los tropezones se hallan sin buscarlos, fuera de que, el buey suelto bien se lame.....

—Pero enyugado no se pierde, agregó don Abundio, mirando con largos ojos a doña Ruperta.

—Y además, prosiguió don Cirilo ¿por que no había de encontrar, cuando nunca falta un roto para un descosido?

—Así sería ella! respondió la señora, soltando la carcajada, pues que dice el adagio; así como la mula es el aparejo.

—Al menos sería niña, pues que yo cada día me siento más mozo.

—¿No digo yo? Cuando los muertos hablan licencia de Dios tienen. ¡Otra cosa es con guitarra, hijito! Se halla con un pie en la sepultura y el otro en un pan de jabón, y quiere presumir de mocito!

—Cuando se enojan los compadres se dicen las verdades observó doña Ruperta. Pero después de todo, yo hallo mozo a don Cirilo.

—Y a mí ¿cómo me hal'a Rupertita? preguntó don Abundio.

—A usted no lo hallo, porque no lo busco, respondió ella riendo.

—Ya ves Policarpa, como la Rupertita, me encuentra pitable.

—No lo creas, hombre! Son palabras de buena crianza, y nada más, según aquello de manos beso que quisiera ver cortadas. Ya te digo que aunque gastes zapatos de hierro, no encontrarás otra tonta como la hija de mi madre, que ha sido lo que ha sido (no lo había de decir yo); y nadie podrá echarme en cara cosa ninguna que...

—Alábate, cola! dijo don Cirilo.

—Cada cual alaba su género; más no lo digo por alabarme, pues yo se bien que la propia alabanza ni por vía de chanza; y líbrame Dios de quien se cree mejor que yo. Pero también es cierto que debemos ser justos hasta con nosotros mismos, y la verdad antes de todo, y quien dice la verdad no miente, y por la verdad me maten... Mayormente cuando la ponen a una en la necesidad de defenderse, pues la defensa es permitida hasta entre gente mora, y el que no se defiende, a sí mismo se ofende. Cosa santa es la humildad, y el que se humilla se ensalza; pero en todo hay su más y su menos; y humildes conozco yo que dicen sus humildades, de puro vanidosos que son, y para que otros les contradigan y los alaben. No es así la hija de mi ma-

dre, porque sé ponerme en las coloradas, cuando el caso se llega; y a buen digo pronto direte y muerto el perro. Estamos? No, sinó, haceos miel, y comeros han las moscas, que a muchos maridos he visto yo más zumbadores y fastidiosos que los mismos moscardones. Dios me libre de unos y otros...

—Por eso se dice que el marido en la casa es como la pulga en el oído, dijo doña Ruperta.

—Ah! exclamó don Abundio, cuando yo me case, prometo estar todo el día traginando por mis potreros.

—Y hará usted bien, compadre, dijo doña Policarpa. Tiene razón la Rupertita, pues como dice el adagio: si tu marido no va a sus quehaceres, buen quehacer tendrás hijita. Todos son cortados a una tijera...

—No es mala tu tijera, Policarpa, dijo don Cirilo.

—¿Le tienes miedo? replicó la señora; pues el que teme a la boca, nunca provoca; y el que dice lo que quiere, oye lo que no quiere. Palabras sacan palabras, y donde las dan las toman, amiguito. Yo no soy de las que se tragan las palabras, ni tengo pelitos en la lengua para dejar de cantárselas clarito al más pintado, pues hasta hoy nadie me ha entrado todavía las cabras al corral; y ya sabes que el que me busca la boca, me la encuentra, y el

que me tira de la lengua no se la lleva tan pelada que digamos.

—Vaya si lo sé, Policarpa, dijo riendo don Cirilo.

—Es que yo nunca ando con santos tapados, ni con aquí te la puse, mi alma, ni con si serán flores o nó, porque me gusta ir derecho al grano, y agarrar el choclo de las hojas. Aborresco los paños tibios y las cosas a medio decir, pues palabras entre dientes son palabras mascadas; y lo que entre dientes se dice, entre los dientes se queda. No es así la nieta de mi abuelo, sino clarito para que claro se entienda, que la claridad conserva amistad, y la claridad es buena hasta en el agua. No puedo ver ni pintados a los cristianos que tiran la piedra y esconden la mano. Yo digo lo que siento, y se acabó el cuento, pues para hablar nos dió el Señor la boca, que no para chuparnos el dedo: y las cosas que nunca se dicen, se reproducen entre pecho y espalda. Andese otro por las ramas, y con su pan se lo coma, que por lo que a mí toca, no tengo la lengua pegada al paladar, ni me dejaré meter los dedos en la boca por cristiano nacido, sin darle su merecido, como Dios manda, pues yo no nací para quedarme con lo ajeno; y la buena correspondencia en todo parece bien... Y si no, dime Cirilo, ¿qué marido hay en lo creado que no sea regañón, de ma-

los modos, exigente, antojadizo, seco y reseco con la mujer propia, y que no guarde la carita de chicha fresca para la ajena?

—¿Qué quiere decir carita de chicha fresca? me preguntó en voz baja el español.

—Carita de pascua, respóndle.

—Y lo peor es, agregó doña Ruperta, que son tan autoritarios y amigos de salirse con la suya, que no escuchan razones...

—Es que somos la cabeza que gobierna al cuerpo, respondió don Cirilo.

—Cabeza que no escucha razones, no tiene seso, replicó doña Policarpa; y cabeza sin seso no merece gobernar, pues gobierno empecinado no es gobierno, sino desgobierno.

—Pues si yo me caso, Rupertita, dijo don Abundio, estoy resuelto a convertir en cabeza a mi mujer, dándole las riendas del gobierno.

—Así andará el denguel dijo don Cirilo.

—Ah! exclamó doña Policarpa soltando una abierta carcajada. Hay quien cree llevar las riendas, y lo que lleva es el frenol. Porque con solo ser hombres, ya les parece que lo tienen todo consigo; y mandan con una prosa y un vozarrón de Dios nos libre... Y ustedes, muchachas, no echen en saco roto lo que digo. Cuenta con los mocitos, que casi todos ellos son unos alacranes, por más que antes de casarse parezcan unos angelitos que

no saben quebrar un huevo. Y líbreme Dios de esos mátalos-callando, a quienes no se les puede confiar ni la piedra molendera, por pesada que sea, pues como se dice: detrás de la cruz está el diablo. Ni a misa con ellos; porque tienen las de Quico y Caco, y son unos sacristanes llenos de agachachas, más bellacos que Gestas y capaces de entrarse por el ojo de una aguja. Y cuando menos se piensa, ya le están saltando el corazón a la muchacha, de tal manera que ni a cañón la harán volver atrás, pues para el amor y la muerte, no hay alma fuerte. El asunto del matrimonio no es tortas y pan pintado, como muchas niñas lo piensan; y de las mías sé decir que, antes que mal casadas, prefiero verlas quedarse a todas para tías...

—Eso es imposible, Policarpita, le interrumpió, doña Ruperta riendo.

—¿Por qué razón?

—Porque si no se casa ninguna de ellas, es claro que no podrán ser tías.

—Ah! no había caído en ello! Pues entonces diré que prefiero verlas quedarse para vestir santos, que tanto vale un peso como ocho reales. No importa que no tenga yernos, pues mientras menos bultos más claridad, y amor de yerno, sol de invierno. Yo no soy de las que dicen: casarás a tu hijo como quisieres y a tu hija como pudieres; pues más vale sola

que mal acompañada. Esta es la regla. Así no permitan, ni por un pienso, que nadie, por más pintado que sea, les ande con la mano por el cerro, aún cuando les ofrezcan este mundo y el otro, y les prometan darles los pajaritos del aire. Porque no siempre se verifica aquí el adagio que dice: el bien y el mal, a la cara sal, sino que es más común el otro de: gran ofrecedor, nunca buen cumplidor. Todo es promesas antes de casarse: y después son unos cicateros, que no compran huevos por botar las cáscaras; y para que suelten algo es preciso pegarles en el codo; y por no dar un cigarro pierden la bolsa tabaquera. Y éstos no son los peores, porque Dios las libre de dar con alguno de esos alabanciosos, que halagan con la boca y muerden con la cola, y que basta que una niña les muestre los dientes para que ellos cuenten por esas calles que la Fulanita se muere por sus mercedes. Clarito como el agua se lo digo, para que después no aleguen ignorancia; y abran bien los ojos; y sepan que, de pretendientes, son corteses, dóciles como unas malvas, y tan galanes que no hayan donde ponerla a una, llamándose ellos mismos nuestros esclavos. Pero después tales esclavos se vuelven unos verdaderos clavos; y tratan a la pobre mujer a la baqueta, como si fuera trapo viejo; y las sopitas en miel se convier-

ten en sopitas en hiel, y amor se lo lleva el viento...

—Pero ¿cómo quieres, mujer de Dios, que siempre sigan las sopitas en miel, cuando ustedes se ponen tan feas? interrumpió don Cirilo.

—Ahl con que sus mercedes buscan carita, nó? preguntó con viveza doña Policarpa.

—Yo, en cuanto a mí, no lo puedo negar, respondió don Abundio, mirando a doña Ruperta.

—Ahl carita, carital prosiguió con nuevos bríos doña Policarpa. Así son los hombres... y presumen de sesudos y prudentes. No saben que quien se casa solo por la cara, puede salirle la cosa bien cara. Cierto es que nos ponemos feas; pero si nos quisieran como Dios manda, nos encontrarían bonitas, pues a quien feo ama, bonito le parece. Continúas que ustedes tienen la culpa de todo; y bien dicen que de malos agradecidos está empedrado el infierno. Nos ponemos viejas y feas por servirles a sus mercedes, y damos el quilo trabajando del día a la noche en tener la casa como un reloj... Y después de convertirnos en criadas, ellos se vuelven unos quirquinchos; unos verdaderos tiranos y se alzan con el santo y la limosna, pasando por sobre el muerto y quien lo vela. Y mientras a la pobre mujercita le salen canas verdes, en el

dale que dale de la casa, el caballero está en el paseo, en el club, en el billar... que ni siquiera son capaces de sacarla a una a distraerse por esas calles; y hasta a mengua tienen el salir del brazo con la mujer propia. Con la ajena, ya es otro cantar, porque, en el día de hoy, es la moda esto de trocarse las mujeres... digo para andar del brazo, cada vez que se juntan algunos matrimonios. Dios nos ampare!

—En cuanto a mí, dijo don Abundio, se me haría muy cuesta arriba esto de ir a los paseos sin mi mujercita... ¡Soy tan querendón!

—Lástima es que usted no se hubiera casado con la Policarpa, dijo don Cirilo riendo; así los vería engarzados por esas calles...

—Nunca he sido mujer callejera ni tampoco ventanera, repuso la señora, porque mi madre me decía a cada rato que niña en ventana era niña en venta. Yo he sido siempre mujer muy de mi casa; y nunca en la vida de Dios me ha gustado andar de Zeca en Meca solo por darle de comer al talón, como otras muchas que (Dios nos libre) son candil de la calle y oscuridad de su casa, hasta que al fin y postre se les acaba la yesca, y entónces dejan el mundo, porque el mundo las deja: por manera que, después de haberle dado la carne al diablo, le dan el hueso pelado a Dios, y se ha-

cen santitas, después del asno muerto. De esas encontrarías tú, y pudiera ser que dices con esas otras que pretenden servir a un tiempo a Dios y al Diablo, y de las cuales se dice: de día beatas y de nota gatas. De esas hijito, de esas que bota la ola, de esas a cuartillo el atado, de esas encontrarías tú ahora, si Dios me echara la tierra encima; y sin duda que la tratarías mejor que a mí, pues es muy cierto aquello de: la primera escoba, y la segunda señora... Y como me criaron, así he criado a mis hijas, a la pretina, y pie quedo. En la calle todo es peligro; y la mujer buena y honrada, la pata quebrada

—La lengua cortada, debieras decir, interrumpió don Cirilo. Así no hablarían tanto, y tan sin ton ni son.

—En mi tierra se dice la mujer y la gallina, por mucho andar, se pierden aina, observó el español.

—Pues, señor, cuando yo me case, dijo don Abundio, seguiré, con el favor de Dios, aquello de: a la mujer y a la cabra sogá larga.

—Pero no tan larga que se pierda sogá y cabra, añadió don Cirilo.

—Así son ustedes, volvió a decir la invencible doña Policarpa. Libertad para ellos y esclavitud para la mujer. Mi compadre don Abundio está en la razón; y te aseguro, Ru-

perdita, que sería un marido como hecho de mano en las monjas, digo a pedir de boca.

—Favor que usted me hace, comadre. Mi mujercita tendría entera libertad.

—En la confianza está el peligro, observó el colegial.

—Y el desconfiado con lo mismo será castigado, respondió doña Policarpa. Ah! y cuando les dá por ser celosos! Pero callemos, porque hay oídos castos...

—Dígame usted, preguntó de repente don Cirilo al español, ¿son lo mismo las mujeres de su tierra?

—De todo hay en la viña de Cristo, respondió el interpelado.

—¿Y por qué preguntas eso? dijo doña Policarpa.

—Porque si así fueran... ya sabes tú que mal de muchos, consuelo de afligidos

—Consuelo de tontos! gritó la señora. Porque nadie sana de su herida con que hieran a otro; y nuestras dolamas, antes se aumentan que no disminuyen, con oír los quejidos del prógimo. Ese refrán de mal de muchos... es contra caridad...

—Pero la caridad bien entendida es la que comienza por casa...

—Lo que debe comenzar por casa es la corrección, que es la caridad bien entendida,

pues corregirse es ser caritativo consigo mismo...

—Y a propósito de caridad ¿qué es del juego de prendas? preguntó Cipriana.

—Bonito el propósito, exclamó el colegial.

—Pero es caridad tenernos esperando el santo advenimiento?

—Pues entouces prosigamos. Ahora le toca hacer de gallina ciega al guindo, que fué al que pilló don Abundio.

—Que sea la Rupertita, repuso éste, pues mi intención fué la de pillarla a ella. Vaya, pues, ¿le vendo la vista?

—Muchas gracias, respondió doña Ruperta retirándose del viejo. Bien está San Pedro en Roma.

—Quieren que yo les proponga un juego de prendas que se me acaba de ocurrir? preguntó el español.

—Diga como es, respondieron las niñas.

—Yo he notado que hay en Chile muchos refranes en donde figuran los números uno, dos, tres, etc. Pues bien, cada uno de nosotros dirá un refrán que contenga el número de orden que le corresponde. Somos doce.

—Muy bien! agregó el colegial; y el que no lo diga, dará prenda.

—Pero el que lo diga, prosiguió el español, tendrá derecho para indicar a quien le toca el

siguiente. Además, todos los refranes deben ser chilenos o americanos...

—¿Y cómo sabremos eso? preguntó Nicolasa.

—Yo me encargo de advertirles cuando digan un refrán español, que también los hay con numerales. Por último, en vez de refrán, se cumplirá también con un dicho o frase cualquiera, con tal que sea característica y popular.

—Pues entonces manos a la obra, dijo el colegial, y vamos andando, que lo que se ha de hacer tarde, que sea temprano, como dice misiá Policarpa.

—Amiguito, respondió ésta, yo no soy ni piedra de esquina para servir de tropezón a los que no están en su sano juicio o andan con los cascos a la jineta, ni pila de agua bendita para que cua'quier barbilampión venga a mojar el dedo. ¿Está usted?

—Chúpate esa, murmuró don Abundio.

—No lo decía por tanto, mi señora, repuso el colegial.

—No crea usted que yo me enojo porque me dicen cura de Renca, replicó doña Policarpa, sinó por el retintín con que lo dicen, pues hay palabras inocentes que tienen todo su veneno en el retintín.

—Pues me arrepiento del retintín, señora

mía, si es que lo haya habido. Perdóneme y écheme la absolución.

— De los arrepentidos es el reino de los cielos, dijo Nicolasa.

— Y quien confiesa su pecado merece ser perdonado, agregó doña Policarpa.

— Yo que he puesto el juego, dijo el español, indico a la señora doña Policarpa para que diga el «uno».

— ¿Yo? exclamó ésta. Nó señor; comience usted que es el que sabe el juego, para que nos dé el ejemplo.

— Diga, mamá, saltó allá Nicolasa. No tenga miedo; y pecho al agua, que echando a perder se aprende.

— ¿También tú? dijo la señora, Me ves sin resuello, y me echas la soga al cuello. Bien dicen que no hay peor cuñía que la del mismo palo.

— El pueblo lo pide, señora, agregó el colegial. Diga el «uno».

— Doña Policarpa agachó la cabeza y se rasó detrás de la oreja, como para exitar su memoria, mientras don Cirilo refunfuñaba:

— Aquí te quiero ver escopetal

— El primer paso es el que cuesta, dijo con resolución la señora. Allá va eso, salga lo que saliere. ¿Cuántos Dioses hay? «uno» solo no más. Ya está el uno:

— Válganme las tres Marías! exclamó rien-

do don Cirilo. Al primer tapón zurrapas. No faltaba más sinó que esta mujer viniera ahora a refranar la doctrina cristiana!

—Ese no es refrán, dijo el abogado.

—Mira, mujer, agregó don Cirilo: mira como hasta el abogado ha conocido el disparate,

—Qué dé prenda! exclamó doña Ruperta, Yo guardaré las prendas.

—Y quién te guardará a tí prenda del almal murmuró don Abundio, mirándola con lánguidos ojos.

—Aguárdenme un poquito, y perdonenme ésta, dijo doña Policarpa, pues «una» no es ninguna.

—Ese sí que es el «uno», dijo el colejial.

—Ab! ¿con qué lo dije? exclamo doña Policarpa: pues en Dios y en mi ánima, que me salió sin sentirlo!

—No vale, objetó el español, pues ese es un antiguo dicho de mi tierra.

—Decir desde «una» hasta ciento, sopló en voz baja Narcisa.

—También es de mi país, dijo el español, quien alcanzó a oír el soplo

—No deben ser permitidos ni los soplos ni las interrupciones observó don Cirilo; y será bien tener presente que cuando un burro rebuzna los demás han de estar callados .. —

—Pues yo digo ese refrán del burro... de Cirilo, interrumpió la señora.

—¿Hasta cuándo echas bolas a la raya? dijo don Cirilo riendo. Paso porque me llames burro...

—Sino lo dije con intención, hombre de Dios!

—Como quiera que sea, desde que has querido enfrenarme, ya puedes llamarme burro; pero no puedo pasar por eso de que pagues tu deuda con mis propios refranes: porque aquí cada cual gasta su yesca, o como tú dices; cada uno se rasca con sus uñas, y el que quiera celeste que le cueste.

—Vayal exclamó con disgusto la señora; por más que pienso, no encuentro el «uno».

—Parece cosa de milagro, dijo don Cirilo, que, siendo como eres un costal de refranes, no hayas sabido decir el que te toca.

—En casa del herrero, el cuchillo mango-rrero, respondió la señora; y en cuanto a ser yo un costal de refranes, ahí me las den todas, pues a honra lo tengo, hijito. Continúas que cada hijo de vecino es como Dios lo hizo, y santas pascuas. Mi madre (que Dios tenga en gloria era lo mismo, y quien lo hereda no lo hurta, y de tal palo tal astilla, pues no hay mono que no se parezca a su padre; y así se dice: hijo de gato, caza ratones, y los hijos del gavilán persiguen a las palomas. Así es

que querer varíe una después de vieja, es pedir peras al olmo y querer que salga el sol por la costa. Y aunque lo pretenda, no podré ser de otra manera hasta que el Señor me eche la tierra encima, pues lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama y genio y figura hasta la sepultura.

—Que allá llegues pronto! gritó don Cirilo.

—¿De veras, hijito? No sabes que el que con su mujer no se contenta, de rabia al fin revienta, y que quien no quiere vivir con buena madre, al fin tiene que morir con mala madrastra? Más podría decir; pero cállate, boquita, que en boca cerrada no entran moscas, y al buen callar llaman Sancho.

—¿Hasta cuando encajas refranes sin ton ni son, y no echas fuera el que te toca? Tú misma estás probando que tengo razón para querer enviudar...

—Pero no enviudarás porque el querer es una cosa y el conseguir otra: continas que yo trataré de vivir...

—Eres tan porfiada que no te morirás, solamente por contrariar mi voluntad.

—Sí! Viviré aunque sea contigo a cuestras porque viva la gallina y viva con su pepita: fuera de que nadie se muere cuando quiere, pues la vida es de Dios, que tiene los días contados y cuida de todos... Aunque no por

esto debemos descuidarnos, porque el Señor dice: ayúdate que yo te ayudaré y por esto está en boca de todos: a Dios rogando, y con el mazo dando, y cada cual mire por sí; y contra pereza diligencia, y el que adelante; no mira, atrás se queda: que hoy por hoy, nadie mira por nadie, razón por la que todor los cristianos tenemos obligación de cuidar el número «uno»; así que...

—Al cabo parió la burra! exclamó don Cirilo, dándose una gran palmada sobre la rodilla. Esta sí que fué chiripal

—Así es, respondió la señora contentísima. Lo que son las cosas! cuando menos se piensa, salta la liebre.

Pues yo reniego del árbol que a palos ha de dar fruto repuso don Cirilo riendo.

Señora, dijo el colegial, ahora debe usted indicar a quien le toca el «dos».

—Hacer a dos manos, respondió prontamente la señora.

—Está de Dios que esta mujer no dé jamás en bola, dijo don Cirilo. Le piden que indique la persona que ha decir el «dos», y sale con el dicho.

—Del hombre es el errar, repuso doña Policarpa, y el que su pecado confiesa, a arrepentirse empieza, y el arrepentido merece perdón. Pero este hombre no perdona nada, sin acordarse de que el que no perdona no

será perdonado, pues con la misma vara que mides serás medido... fuera de que no hay mula sin tacha, y buscar cosas sin defectos es buscarle tres pies al gato....

—Ah! y yo que tenía ese, por si me tocaba el tres! interrumpió Nicolasa. Mamá, por Dios, no gaste refranes en balde, pues si se los dice todos, nos deja a buenas noches.

—Yo nada diría, repuso doña Policarpa; y si hablo más de lo necesario, es por aquello de quien te pica te hace hablar. Pero otra vendrá que buena me hará... Y por lo que toca a la persona que debe decir el dos, yo indico a la Catita.

—Valse de dos tiempos! saltó allá la niña.

—Ese no es refrán, señorita, dijo el Colegial; y venga acá la prenda, porque ahora yo soy el bastonero.

—¿Y quien lo ha elegido a usted, para que se alce con el palo y el mando? preguntó Cipriana.

—Yo me elegido, respondió el Colegial; y haré valer mis derechos al mando.

—Poco a poco, amigazo, le interrumpió el burlón don Cirilo. ¿Estamos, por acaso, jugando a las repúblicas, como lo hace la América española, para que usted venga a elegirse a sí mismo? ¿Por qué carga de ajos le hemos de dar el palo y el mando, cuando todavía no tiene usted la edad suficiente para darle de

sopapos a la madre patria? Sóplame, Policarpa, el refrán aquí viene al caso, y ayúdame a preguntarle al Colegialito, si por ventura es ministro de estado, o siquiera intendente ganador de elecciones, para que pretenda hacer valer sus derechos contra la voluntad de los electores. Desengáñese, hijo mío; solo a nuestros mandatarios les es dado alzarse con el santo y la limosna, sin faltar en lo más mínimo a nuestra Carta Constitucional, que en lo jugada, sobajeada y brujuleada, parece ya más bien carta de baraja que Constitución. ¿No es así, señor Abogado?

—La ley fundamental del estado, respondió el jurisconsulto en ciernes, merece ser tratada con más respeto.

—¿Y qué diablos ha fundado esa ley fundamental del estado preguntó riendo don Cirilo, sino es el estado de fundamental desgobernio con que Chile se ha corrompido hasta los huesos?

—No obstante, replicó el Abogado, mientras esa Carta está vigente, todo ciudadano tiene el deber de respetarla.

—Es decir, que los señores del Gobierno no son ciudadanos puesto que no la respetan jamás? Jal jal jaal Tengo que sujetarme la cara a dos manos para que no se me caiga de risa. Ah! qué carta es esa carta de cartón! Es una carta comodín, que cuando le toca al

pueblo, vale como el as de bastos, y en manos del Gobierno, es carta blanca para hacer cera y pabilo de todas nuestras leyes... Policarpa! Policarpa! ¿En dónde está el refrán que aquí viene como pedrada en un ojo de fraile?

—En ojo de boticario has de decir, hombre de Dios, respondió la señora, porque es más caritativo dejar tuerto al boticario que no al padre cura. Y en cuanto al refrán que me pides, allá vá: zapatero, a tus zapatos; quiero decir que te metas en tus quehaceres y no te picarán moscas. Porque no es bueno meterse a mandar en casa ajena; y el gobierno es el dueño de casa, y con él no hay tutía, sino lengua callada y pata sosegada, pues lengua que mucho habla, cabeza que pronto paga no solo las hechas sino las por hacer, en razón a que el que tiene el palo y el mando no siempre tiene ojos, y suele dar palos de ciego, haciendo pagar a justos por pecadores... Porque los desmanes contra los poderosos son al modo del pecado de los ratones, que, mientras unos comen del queso, otros caen en la trampa. Así es que el orzuelo del ojo, con el codo; y al gato pásale la mano y no le pises la cola, que evitar el peligro no es vileza; y quien ama el peligro perecerá en él; y más vale que digan; aquí arrancó el corbarde, que no: aquí murió el valiente...

—¿Acabarás al fin? interrumpió don Cirilo.

—Es que no debes olvidar, hombre, que tejas arriba, no hay que chistar ni mistar, porque es jugar al gana pierde, y dar coces contra el aguijón. Mi madre decía ni en chanzas ni en veras, con tu amo no partas peras, pues si vas por lana, volverás trasquilado; y el hilo se cortará siempre por lo más delgado; y peleó el cántaro con la piedra, y se quebró el cántaro; por lo cual se dice: delante del rico, calla el pico; y huye del fuego que quema; y no atraveses el río por lo más fuerte de la corriente; y entre dos muelas cordales, nunca pongas tus pulgares; y...

—¡Basta, basta, mujer de mis pecados! exclamó don Cirilo, apretándose la cabeza entre las manos.

—Pero ¿no me pedías los refranes que vieran al caso? Ahí los tienes pintiparados para que veas que no es prudencia ponerse a quintas y a leyes con los que mandan y hacen las leyes a su regalado gusto, sino que sufre tu dolama acostado en tu cama. Lo demás es buscarle cuesco a la breva y dar cabezada y traspiés, pues en casa del jabonero el que no cae resbala, y como dicen: hecha, la ley, hecha la trampa...

Mi senora interrumpió el Abogado, con ri-

dícúla gravedad: las leyes no son trampas, sino reglas para hacer justicia.

—Sí! replicó vivamente doña Policarpa: justicia, pero no por mi casa. O piensa el señor Abogado hacerme comulgar con ruedas de molino? No en mis días! A mí no me paean gato por liebre con palabritas ni palabrotas, pues tengo mi alma en mi armario, como cualquier hijo de vecino...

—Pero, señora

—No hay pero que valga contra la experiencia; y ésta enseña que la justicia está en el cielo y los jueces en el suelo. ¡Bonita es la hija de mi madre para santificar las tales leyes y para ayunarles las vigiliás a los señores jueces, por más letrados y letrudos que sean! No, sino fiense en la Virgen, y no corran! Métete a pleitear, y tendrás que rabiar. Por eso es que le encargo siempre a Cirilo paciencia: hijo, que con la paciencia se gana el cielo; que esta vida es pura guerra; y en la guerra, más hace la maña que la fuerza: y en estando bien con el rey, riete de doña ley, porque allá van leyes do quieran reyes; y líbreme de la quema, aunque sea cojeando.

—Cuatro palabras has dicho, dos vanas y dos vacías, dijo don Cirilo; pero me doy por vencido y convencido, con tal de que calles.

—Sellaré mis labios, respondió la señora, en cambio de que te dejes de leyes y de be-

rengenas, que harto hacemos con sufrir las que hacen los leyeros de Santiago, Mira que estamos aquí entreteniéndonos honestamente. ¿Qué tiene que ver el gobierno con los juegos de prendas?

— Esta mujer está en Belén, repuso el alegre caballero; en sacándola de ensartar refranes, no da puntada ni yerra pampirolada. Pero advierto, cabeza de chorlito, que nuestros gobernantes no solamente son grandes jugadores de manos, sino también los más divertidos jugadores de prendas en estos reinos de América, ¿Que han sido y son nuestras administraciones, sino entretenidísimos juegos, en los cuales unos se agarran las prendas y otros cumplen las penitencias? Ahora, ya que no acertó la Catita, vuelve tú a decir a quien le toca el «dos».

— Que diga mi compadre don Abundio.

—Lo tenía preparado, por si acaso, respondió éste; y alla va... Cuando dos se quieren bien, con uno que coma basta. ¿Qué tal, Rupertita?

—Es español, dijo el pretendiente de la Catita.

—Fuera de que eso es una mentira, agregó don Cirilo; porque cuando dos se quieren bien, deben comer uno y otro para que no tengan hambre, que es el mayor enemigo del amor.

— ¡Jesús! exclamó doña Policarpa: ese sería un refrán de cuadra y media.

— Pero sería cierto, repuso don Cirilo. Ahora. Diga usted el «dos», Rupertita; usted que ha tenido dos maridos.

— Es verdad que he tenido un par de ellos, respondió la interpelada, porque Dios no me dió vocación para meterme monja, sino de las «dos» en celda.

— ¡Ah! pico de oro! exclamó don Abundio palmoteando. A mí también me gustan mucho esas monjitas; y con ellas me entierren. Amén!

— ¡Caramba! murmuró don Cirilo; esta mujer es capaz decir el tres y el cuatro, según la prontitud con que despachó a los dos.

Qué diga Tristán, gritó doña Ruperta, mostrando con el dedo al mozo a quien perseguía. ¡Prenda! prenda! prosiguió, alzándose prontamente de su silla, y arrebatando un pañuelo blanco que Tristán tenía en sus manos.

La acción fué repentina y brúscamente ejecutada; y al tirar del pañuelo, sintió doña Ruperta que alguna otra mano lo tenía también tomado, como a hurtadillas. Entonces miró a Cipriana, que estaba sentada junto a Tristán; y la jóven, no pudiendo resistir aquella mirada de fuego, bajó los ojos, y se

puso como unas amapolas. Doña Ruperta hizo un gesto de despecho, y miró la maraca del pañuelo, en donde vió la cifra de Cipriana.

—Este pañuelo no es suyo, dijo, lanzando sobre Tristán una mirada chispeante. Dispense usted que...

--Estaba viendo esa cifra, tan bien bordada por Ciprianita, respondió Tristán.

—Sí, murmuró doña Ruperta; es una cifra muy bien bordada por... Ciprianita.

Y arrojando el pañuelo a las faldas de la niña, volvióse prontamente a su asiento, sin querer admitir la prenda que Tristán le pasaba.

—Guarde usted su prenda, le dijo; y se le dará tiempo para que conteste... No me había fijado en que usted estaba tan entretenido... en otra cosa... que no el juego.

—¡Tomate con ají verde! dijo el Colegial, haciendo un malicioso gesto que hizo sonreír a todos.

—Rupertita, le dijo, don Cirilo á media voz: ¿con que tan empeñada está usted en que ese mocito sea el «tres»?

—¡Vaya, pues! prosiguió la viuda, rebañándose, y riendo, no de muy buena gana, sin responder a la pregunta del bromista don Cirilo; vaya, pues, señor don Tristán ¿hasta cuándo se hace esperar? ¡Se le pide el «tres!»

—Y va la segunda amonestación, agregó el Collegial. Yo diré la tercera: despáchate, hombre, porque si no...

—¿Cómo quieren que conteste en regla, exclamó Tristán, si me apuran y estrechan tanto, que, además de estar aquí atracados como «tres» en un zapato, ando ya, con tantas exigencias, a «tres» dobles y un repique?

—¡Bien dicen que a las tres va la vengida! dijo riendo doña Policarpa.

—El primero de los dos que ha dicho Tristán, lo he oído en España, observó el súbdito de don Alfonso; pero ese de a tres dobles y un repique ¿qué quiere decir?

—Quiere decir a medio morir saltando, respondió doña Policarpa.

—¡Otra te pego! repuso riendo el español. con su explicación señora mía, me he quedado tan a obscuras como los santos padres del limbo.

Pues, amigo mío, volvió a decir la señora, eso de andar a tres dobles y un repique, es como si dijéramos estar a las últimas, que es cuando al cristiano le tocan dobles, por lo cual significa también estar apurado, andar angustiado de tiempo, carecer de medios para hacer las cosas, pues los cortos medios son rigurosos jueces; y por eso dice el adagio, sino hay medio, no hay más remedio

que echarle tierra en el medio, o como otros dicen, echarle tierra al negocio, esto es, sepultarlo, no hacerlo, que tanto vale lo uno como lo otro, y lo mismo da Chana que Juana, y tanto importa atrás como en las espaldas. Así, por ejemplo, el que anda a la cuarta, ese anda a tres dobles y un repique...

—¡Y yo que tenía ese, por si me tocaba el «cuatro!» interrumpió Nicolasa. Mire, mamá, que no es caridad que usted gaste a rosos y vellosos tanto refrán, y no nos deje ni uno para remedio.

—¿Andar a la cuarta? dijo el español.

—Los que andan a la cuarta son aquellos que están «como Dios quiere las almas», respondió la inagotable señora. ¿No comprende todavía?

—No, mi señora.

—Pues entonces se lo explicaré más. Estar como Dios quiere las almas, es estar como patena.

—Limpio de culpa y pena, agregó Nicolasa.

—Es decir, que no tiene en donde caerse muerto, saltó allá el Colegial.

—Son los mismos que están con una mano por detrás y otra por delante, dijo riendo don Abundio.

—Esto es, «como la cabra» agregó don Cirilo; o si se quiere, como nuestro padre Adán»

que sin duda fué el primer pobre y el primer desnudo de este mundo.

— ¡Así es gritó! el Colegial: el pobre caballero vivió «in puribus cordobanis»!

— Ahora si que entiendo, dijo el español; y vamos adelante, sin decir ese de a la cuarta, que en mi tierra es: «a la cuarta pregunta».

— Que doña Policarpa desembuche el «cuatro», dijo Tistán.

— Pero si ya dije el «uno!»

— Uno no es ninguno le replicaron varias voces.

— Vaya, pues, diré el «cuatro»... El «cuatro»... el «cuatro»... ¡Acuérdate, Policapa!... Ah! las postrimerías del almá son cuatro. ¿Que les parece? Es cosa que está en boca de todos los cristianos.

— ¡Ya remachaste el clavo! le dijo don Cirilo. A tí se te ha puesto en el magin arrefranar las oraciones; y te saldrás con la tuya!

— Aguarden, que ya dí en el quid, repuso la señora. Yo, a cada rato, les digo a mis criados, cada vez que hacen mal hechas las cosas, que solo les falta andar en «cuatro»; y debe estar ya este dicho convertido en refrán, por lo mucho que estas torpes mujeres me lo han hecho repetir en mi vida.

Y ¿crees tú, le preguntó don Cirilo, que repetir una barbaridad basta y sobra para

convertirla en evangelio pequeño? Si así fuera ello, ya los cubiletes, los fraudes y las inconstitucionalidades de nuestros gobiernos estarían convertidas en sana y leal política. Señores, prosiguió, esta mujer nació para echar bolas a la raya; y ya ven cómo da una en clavo y ciento en la herradura. Yo, que soy el responsable, tengo que sacar la cara por ella pues de lo contrario, no dará en bola, aún cuando le apliquen el unguento de a «cuatro». He dicho.

Y ¿qué significa unguento de a cuatro? preguntó el español.

—Aplicarle a uno el unguento de a cuatro, quiere decir... Pero esto lo entenderán mejor si me dejan contarles una cosa...

—¡Vamos! al cuento dijo el Colegial.

—Con tal que no tenga reventones, agregó doña Policarpa.

—No es cuento sino caso que sucedió en mi tierra, ahora tiempo, en época de elecciones, repuso don Cirilo.

—Nada de política, dijo el Abogado.

—Sí, agregó doña Policarpa: nos hemos reunido aquí para reirnos un rato y alegrarnos, y no para...

—Por acaso la política de estos tiempos no es la cosa más divertida del mundo? interrumpió el Colegial.

—Y además, agregó don Cirilo, lo que voy

a relatarles no es política, sino la cosa más impolítica del mundo, como lo verán por la obra.

—Cuidado, Cirilo, dijo a media voz doña Policarpa: ¡mira que hay oídos castos!

El caso es éste prosiguió el a'egre caballero. Cierta subdelegado de mi lugar cuyo patriotismo se exalta en tiempo de elecciones hasta el punto apalea a los que le niegan el voto. se encontró un día con un ciudadano, que por ningún pienso quiso entregarle la calificación. Al ver tamaño desacato contra la autoridad, el señor subdelegado ordenó a los que le acompañaban que le aplicasen a aquel malvado el «ungüento de a cuatro». Y no lo dijo a sordos, pues cuatro de sus acompañantes se echaron sobre el reca'itrante; y tomándolo de los brazos y de las piernas, tendieronlo sobre el santo suelo, y se cargaron sobre él, de tal manera, que hasta el derecho de pataleo le quitaban. Entonces el Usía, lleno de patriótico fervor, le dió unos cuantos huascasos en el castigadero, a nombre del supremo Gobierno, con lo cual el pobre diablo aflojó la pepa, y el principio de autoridad quedó incólume.

—Ah! interrumpió doña Ruperta: ahora sí que entiendo lo que es el tal unguento, y en adelante diré que Chile ha tenido necesidad

de emplear con el Perú el «ungüento de cuatro», a fin de hacerlo entrar en su deber.

—En mi tierra se dice: poner las peras a «cuarto» (observó el español) y también a cuatro.

—Por lo cual, dijo el Abogado, respondiendo a doña Ruperta, será bien que las demás repúblicas echen su barba en remojo.

—¿Las demás repúblicas? dijo don Cirilo, mirando de frente al Abogado. ¿Por qué no hace usted entrar a Chile en la cuenta?

—Porque soy chileno, señor mío.

—Y ¿de cuándo acá la calidad de chileno puede obligar a un hombre a cerrar los ojos?

—No comprendo, señor...

—Digo a cerrar los ojos para no ver lo que se está verificando en el país.

—Lo que está verificándose en el país? repitió el Abogado. Se ha verificado ya una gran transformación...

—Esa transformación no es grande sino triste, interrumpió don Cirilo.

—Menos le comprendo ahora, señor mío. Al contrario, yo creo que esa gran transformación, debida a los triunfos obtenidos por nuestro gobierno...

—Permítame una rectificación, o, mejor dicho, dos rectificaciones: la primera referente a la grandeza de esa transformación, y

la segunda, a cerca del autor de nuestros triunfos contra los enemigos de Chile. E-e autor no ha sido el gobierno, sino el pueblo chileno, a pesar de la torpeza, de la cobardía y del egoísmo de sus mandatarios. Estoy con usted en cuanto a que aquella transformación sea debida a nuestras victorias; más no, en cuanto a que sea grande, como usted dice, puesto que dicha transformación consiste en que nos vamos empequeñeciendo y peruani-zando, hasta el punto de no saber que hacer de nuestros triunfos. Mirada bajo este punto de vista, si que no puede ser más grande esa transformación, es decir, la miseria de nues-tros gobernantes. Tanto esplendor ha cega-dos sus ojos hasta llegar a hacerlos creer de buena fe que ellos son los héroes de la epo-peya. Respeto su inocencia, y al ver a nues-tro gobierno sin saber que hacer ni poder dar un paso agobiado bajo el peso de triunfos que ni aún supo imaginarse jamás, me pa-rece ver a un macho cargado con los laure-les que el pueblo recogió y arrojó sobre sus lomos.

—¡Ah, señor! ¿cómo se atreve usted a de-cir eso de los prohombres de nuestro país?

—Me atrevo a hablar así porque no ando a caza de empleos y porque amo a Chile has-ta el punto de temer que más tarde venga otra de nuestras repúblicas a hacer con noso-

tros lo que nosotros acabamos de hacer con el Perú

—Y ¿puede creer usted qué ..

—Yo no creo nada, le interrumpió don Cirilo; pero mi mujer dice a cada paso: para su mal crió alas la hormiga; quien alza demasiado la cabeza, se la romperá en el techo; la monta no está en subir, pues también se sube a la horca; hay manzanas por dentro podridas y por fuera lozanas; con las glorias, olvidanse las memorias; gloria vana florece y no grana; si premias hoy al bribón, mañana habrá diez bribones, el que abusa de la riqueza, pronto se verá en pobreza, quien no aprovecha la fortuna, al fin se quedará sin ninguna; la fortuna es calva, y tonto es quien la deja escapar; no se presenta la ocasión por segunda vez; si quieres ventura, asegúra y asegúra; quien con la boca abierta se queda, solo palpará viento, no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy; si vas ganando, no descanses, y síguele dando; obras son amores, y no buenas razones; quien desprecia el buen consejo, no hará huesos viejos; no la hagas y no la temas; malos consejos no ayudan a pagar; de nada sirven los ayes, después de clavado el pie; quien no mira ley ni regla, todo lo desarregla; quien abusa del poder, enseña a desobedecer; provincial que

hace su negocio, no hace el de la comunidad; el que obra mal no espere bien; quien siembra viento cogerá tempestades; el que cava la fosa, caerá en ella; a cada puerco, al fin le llega su San Martín; no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague; al freir de los huevos será el crugir de dientes; allá lo veredes, dijo Agrajes; no hay patada peor que la del burro manso; del agua mansa libreme Dios, que de la brava me libraré yo; cuerda que mucho se tira, al fin revienta; tanto le hizo el diablo a su hijo, que al cabo..... el pueblo se enojará; y tantas veces va el cántaro al agua, que al fin se hará pedazos un gobierno de estrechas miras.

— ¡Vean ustedes exclamó riendo doña Policarpa: este es el que me hecha en cara mis refranes! ¡Ja ja! ja! Mírense en ese espejo!

— Bien se merecen el uno al otro, observó doña Kuperta.

— Pues yo no comprendo lo que ha querido decir el señor don Cirilo, repuso el Abogado.

— Y sin embargo, replicó don Cirilo, chocolate que no tiñe, claro está.

— Y si lo quiere más claro, echele agua, agregó el Colegial con desparpajo.

— Pero, señor, insistió el Abogado, ¿a qué viene toda esa letanía de refranes?

— Esa letanía viene a donde ustedes van, respondió riendo el alegre caballero, quiero decir, a donde van esos que usted, tan sin temor de Dios, llama unos prohombres.

— Y merecen ser llamados así.

— Como lo merecían aquellos que hundieron al Perú y a Bolivia en su actual miseria. Todos ellos son buenas tarascas, y merecen el «ungüento de a cuatro», como el subdelegado de mi tierra.

— ¡Vaya! exclamó el Colegial; y habíamos olvidado la historia! Diga, señor, ¿no se quejó ante la justicia el pobre azotado?

— Así pensaba hacerlo el inocentazo, respondió don Cirilo; pero cuando se le hizo ver que perdería inútilmente su tiempo, si se quejaba ante nuestros jueces, que, más que hacer justicia, saben ganar elecciones a palos, nuestro pobre vapuleado se convirtió de acreedor demandante en deudor pagador.

— ¿Cómo fué eso?

— En vez de exigir que el subdelegado le pagara, él mismo fué con otros cuatro, a pegarle los azotes.

— ¿En plata?

— No, sino en la misma moneda. Una noche en las altas horas, se aparecieron cinco hombres en casa del subdelegado. Escalando muralias llegaron hasta la puerta de su dor-

mitorio; y forzando la cerradura, fuéronse derecho a la cama de Su Señoría, a quien encontraron en paños... pero la Policarpa me dice que aquí hay oídos castos, y yo no encuentro otros que los del señor Abogado, pues mañana o pasado será juez...

—Ya se echa de ver como lo encontrarían, observó doña Ruperta. Siga su cuento sin meterse en muchas honduras.

—He dicho que no es cuento sino caso. En un santiamén acabaron de desnudar al señor subdelegado, devolviéndole, azote por azote, capital e intereses... Hasta me acuerdo de que el agraviado le dio unos tres o cuatro más de yapa.

—¿Cómo? exclamó doña Policarpa: ¿te acuerdas, dices? Entonces tú estuviste allí...

—No puedo negarlo; fuí testigo.

—¡Ah! es increíble!

—Aún: yo lo ví, creer o reventar, observó Nicolasa.

—¡Qué atrocidad! exclamó el Abogado cubriéndose la cara con las manos.

—El hecho es, prosiguió don Cirilo, que, después de haberle pagado, el hombre de la calificación le dijo: estos azotitos, señor, son en pago de aquellos que Usía me prestó al interés del 2 por ciento; y ya que está paga-

da la deuda, será preciso que nos dé ahora un recibo en forma ..

—¿Y dió el recibo?

—Como bala y pinta. Resistióse al principio; pero luego se avino a todo cuando lo amenazaron con el unguento de a cuatro. No tuvo más que firmar el documentito, que yo mismo hice allí sobre su propia mesa, en esta forma: «He recibido del señor don N. N. la suma de veintisiete azotes i medio, de buena calidad, y aplicados con firme mano en donde no da el sol, en pago de unos guascazos que yo le dí, por quitarle su calificación, en las últimas elecciones. Y para que conste, le doy el presente, hoy día de la fecha».

—Pero, señor, dijo el Abogado, haciendo mil aspavientos, permítame decir que eso fué una alevosía, que merecía la pena de...

—De que hicieran intendentes o gobernadores a los cinco, interrumpió riendo don Cirilo, pues yo he visto a muchos, sin más méritos para mandatarios, que el de haber cometido alevosías.

—Al orden! gritó el bastonero. Nos hemos olvidado del juego, y usted, doña Policarpa debe indicar ahora la persona que diga el «cinco».

—Que sea la Catita, dijo la señora, ya que no acertó en el dos.

—De «cinco» tres respondió pronta la niña del arpa.

—Pues yo, agregó el Colejial, mirando de reojo al Abogado, estaba pensando decir (en caso de tocarme) que hay gentes a quienes de los cinco les faltan...

—Pido que diga el «seis» el señor Abogado interrumpió la Catita.

—Muy bien, murmuró don Círil: ahora vas a ver cuantas son cinco.

—Quien hace un cesto hará ciento, dijo el Abogado, mirando con ojo acicalado al Colejia.

—Ya usted hizo el cesto; esperemos el centenar; exclamó el Colejial, dando una gran carcajada. Porque ese cesto no es número sino canasto. Es como si dijéramos: el que hace un abogado, puede hacer ciento, con solo darles el título.

—Fuera de que el refrán no es chileno, observó el Español.

—Uno dice cesta y el otro ballesta, volvió a decir el Abogado; y, creyendo haber cumplido, agregó con aire de triunfo, el señor Colejial puede explicar este dicho.

—Cesta es la mujer del cesto, respondió el aludido; y decir el uno cesta y el otro balle-

ta, es cosa que hacen los abogados todos los días.

—Pues el abogado encontró la horma de su zapato, murmuró Nicolasa:

—No se permiten las alusiones personales gritó don Abundio. Llamo al orden al colegialito.

—Es que, como se me pedía la explicación del dicho, he tenido que darla según mi leal saber y entender.

—Pero usted ha elegido un ejemplo peligroso, le dijo don Cirilo. Mejor hubiera sido que trajera a cuenta el caso en que Monseñor dell Frate y el Gobierno chileno se han llevado ahí diciendo el uno cesta y el otro ballesta, que es una bendición ver como van aprendiendo ya a entenderse los dos poderes, el eclesiástico y el civil.

—Calla, Cirilo! gritó doña Policarpa: no hay que tocar la religión, ni en lo negro de la uña!

—Pero mujer, si no se trata de la religión sino de Monseñor...

—Tanto da decir doce como una docena; y el que quiere a Juan, a su perro le da pan. Quiero decir que el que ama a Dios mira bien a sus ministros... Así es como los hombres dan a traste con la fe de los cristianos, disputando del día a la noche sobre las cosas

sagradas que es una heregía ver como ahora los mozalvetes barren el suelo con el Santo Papa de Roma. Por fortuna, nos queda fe todavía a las mujeres; y yo en cuanto a mí, se decir que tengo la fe de carbonero...

—Fe muy oscura, interrumpió don Cirilo, dando una carcajada.

—Pues no la trocaría por ninguna otra; y, gracias a Dios, con esta fe me echaran al hoyo. Mi madre me enseñaba esta fé, doblando un pañuelo en tres dobleces, y diciendo tres dobleces son, y un solo pañuelo no más ¿cabe una razón más clara de que las tres divinas Personas no hacen más que un solo Dios? Se rie el colegialito? prosiguió la señora, viendo que el colegial no podía contener la risa, que le rebosaba por boca y narices. ¿Se rie, no? Pues el que rie, al fin rie mejor. Bien se echa de ver que está de parte de este gobierno, porque desde chiquititos, comienzan a mirar en menos las cosas sagradas. Pero ya lo verán al freir de los huevos! Entonces le preguntaremos al gobiernito con que derecho ha echado de aquí, con cajas destempladas a un santo hombre que no le hacía mal a alma nacida, y que, al contrario.....

—Estaba en su derecho el Supremo Gobierno, señora, interrumpió el abogado.

Al verse interrumpida la señora, y, más que todo herida en las más delicadas fibras de su corazón, miró de arriba abajo al Abogado, y contra toda su costumbre, se quedó unos instantes sin responder. Todos estábamos atentos a lo que ella iba a decir, y observamos su mirada clavada como un dardo sobre la faz del interruptor, mientras don Cirilo se limpiaba la cara con su pañuelo, y murmuraba entre dientes:

—Pobre abogadito! No doy tres cominos por su pleito!

—¿Con que estaba el gobierno en su derecho, no? dijo al fin doña Policarpa, tratando de reprimir la viveza de su genio, por respeto a los deberes de la hospitalidad. ¿Estaba en su derecho para inferir un agravio gratuito e innecesario al Pontífice de la Religión que profesamos, solo porque éste carece de cañones? A que si hubiera sido el representante de un poderoso monarca de la tierra, habrían tenido más modo y miramiento con él. Así son: cobardes con el león y bravos con el ratón... Su derecho!... Dígame, y perdone, le preguntó de repente: ¿Sabe usted bien lo que es derecho?

—Pues no he de saberlo! respondió el interpelado, cuando acabo de dar mis exámenes... nes...

—Y en todos ellos ha salido distinguido, agregó el Colegial.

—Flaca razón es esa, repuso la señora (tratando de serenarse para no emplear un tono acre, contrario a las leyes de una cortés urbanidad), porque en todo hay su más y su menos, y yo he visto a muchos estudiantes llegar a títulos, solo por tener santo en la corte; y así se dice: fortuna te dé Dios, hijo, que el saber, poco te basta. Más no digo esto porque ponga en duda los exámenes y las distinciones del señor Abogado. Con todo, se me hace muy cuesta arriba creer que sabe bien lo que es derecho, cuando le oigo decir cosas tan al revés. Si ese es el derecho que le han enseñado, bien puede cobrarles a sus maestros el dinero que les haya pagado por la enseñanza: y mándeme sacar una letra si digo mal. ¿No ve usted señor mío, que antes está Dios que el rey, y por eso se dice: a Dios en oyendo, y al rey en viendo? Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. ¡Esto sí que sería derecho! ¿Qué tiene que meterse el gobierno en las cosas que atañen a la Iglesia? Por acaso es el Papa, para que pretenda nombrar obispos?

—No los nombra, señora; y solo tiene el derecho de proponerlos.

Y el Papa el de rechazarlos, pues para eso

es jefe de la cristianda; y donde manda capitán. no manda marinero. ¿Está usted?

—Pero, señora, el país no puede deshacerse de las regalías que ha heredado de la madre patria ..

—Bonita su herencia, que tantos pleitos cuesta! exclamó doña Policarpa, dando una estrepitosa carcajada. Guárdese sus regalías; y a otro perro con ese hueso, que yo ya entiendo en donde está la madre del cordero, amigo mío, y no soy de las que se dejan embaucar con palabras y papeles de comedia. Ya Cirilo me ha explicado eso de las dichas regalías y del patronazgo, o que sé yo como se llama: y le aseguro a usted que al principio me dió rabia la cosa; pero después, cuando me refresqué, casi me morí de risa, al ver que el gobierno pretende ser patrón de las cosas sagradas, como si supiera por donde van tablas del negocio. Esto es como aquello de los bueyes con la picana, y los cristianos tirando la carreta. Nó, señor mío: a toda ley el que lo entiende; y yo diré siempre: reme el que sabe remar y haga coro el que sabe rezar, pues el que sabe la tañe, y el que nó, la daña. Y el gobierno estara haciendo daño sobre daño, por poner profana mano en lo que no entiende ni es de su incumbencia. ¿Si no lo sabéis, para qué os me-

téis? Esto es meterse en camisa de once varas, y el que tal hace (Dios nos libre) estará echando bolas a la raya, a cada paso, y no hará más que dar una en el clavo y ciento en la herradura. Continás que no son buenas muchas manos en un plato; y para gobernar la Iglesia, la mano del Papa hasta, a pesar de cuanto digan los señores estat... ¿Cómo se llaman Cir lo?

— Estadistas, mujer.

— Sí; esos señores estadistas (Dios me perdona) no hacen más que enredar la pita; y con todas sus estadisterías, tienen al país convertido en una madeja sin cuerda, que yo no sé a donde vamos a para con tanto embolismo. Más yo les preguntaría a esos señores estatutos...

— Estadistas, mujer, interrumpió don Cirilo, riendo.

— Sí, a esos les preguntaría yo: ¿qué carga de ajos ganan con tal patronazgo, ni como engorda el gobierno con las dichas regalías cuando el santo Papa puede hacer cera y pabilo de todo eso, con solo decir no quiero? Vea usted, pues, como se llevarán, uno proponiendo y otro rechazando, hasta el día de San Blando; y cata ahí como por el dichoso derecho la Iglesia chilena estará sin Pastor. Todo será chismes, enredos, dimes, dire-

tes y pecaderos hasta la pared de enfrente. Mire usted el derecho que le han enseñado! Pues yo, sin haberme quemado las pestañas, estudiando como usted, sé muy bien, y creo a puño cerrado que iríamos más derecho por el buen camino, si el gobierno hiciera sus Intendentes, y dejaran en paz al santo Papa, para que nombrara sus obispos, pues a toda ley el que lo entiende; y cada cual en su oficio y habrá beneficio, Dios queriendo.

—Ahí llegaremos señora, respondió el Abogado, cuando el Estado se separe de la Iglesia...

—Separar a la Iglesia del Estado! interrumpió la señora. ¿Está usted loco?... Oh! perdone; son vivezas de mi genio... Solo quería decir si usted está fuera de juicio... No es eso, sino... si usted se halla con su juicio sano...

--Vaya! dijo don Cirilo: no puedes enmendar la pampirolada...

Mejor es que la dejes como está, pues tinta que cae en el papel, se convierte en un gran borrón, con pasarle el dedo; y hay cosas que cuanto más se las menea más trascienden.

—Es que me sube la mostaza a las narices, y casi pierdo la chaveta, repuso la señora,

con solo que me nombren la separación de la Iglesia y el Estado.

—Pero sin esa separación, no es posible conseguir la independencia de poderes, eclesiástico y civil, de que tú hablabas, ahora poco. Quien quiere los fines, quiere los medios Policarpa; y sino, no hay más remedio que echarle tierra en el medio.

—Pero el fin no justifica los medios, Cirilol

—No justifica los malos medios; pero exige los buenos.

—Pero ¿no ves que es peor la cura que la enfermedad? volvió a replicar la señora, que a pesar de comprender muy bien lo que se le decía, su natural terquedad le impedía darse por convencida. No vez que así se acabaría la religión, y cundiría la impiedad?...

—Al contrario, Policarpa: así se depurarían las verdades religiosas en ese gran crisol que se llama corazón del pueblo, dirigido por buenos Pastores... Porque así se acabarían las farsas de una religión oficial. Así nuestros obispos no obrarían esclavizados y bajo la férula del poder civil... Así la religión no se convertiría en instrumento político de ambiciones puramente mundanas...

—No entiendo bien estas cosas repuso doña Policarpa (tratando de salir por la tan-

gente), y el que no sabe es como el que no ve; y cosas hay en que vale más callarse; y la rosa con espinas, más vale dejarla en la mata que no que clave la mano. Pero estoy cansada de oír a los sacerdotes, en esos púlpitos que no hay peor calamidad que el estado ateo.

—He ahí una expresión, que no todos los que la pronuncian la entienden. El estado-gobierno no importa que sea ateo (como dicen); y aún conviene que carezca de una religión oficial, pues su fin es esencialmente civil, y para cumplir con él le basta obrar en conformidad con la ley, que es una religión civil...

—¿Y si esas leyes son malas, impías, blasfemas?

—Lo mismo te preguntaría yo: ¿y si la religión es falsa, impía, blasfema, como hay muchas en el mundo? Oye, Policarpa: debemos suponer para nuestro raciocinio, que la religión y las leyes son buenas, esto es, la expresión de la verdad. Si la ley civil no lo fuera, claro es que debería irse mejorando en conformidad con la ley divina, por lo cual los pastores sagrados deben sembrar en el corazón de la sociedad la bendita semilla, cuyo fruto ha de ser una legislación acorde con nuestro fin social. Cosechar tales frutos

es la obra del estado-gobierno, obra que puede hacer más fácil y perfectamente sin el concurso de religiones oficiales. Ahora por lo que atañe al estado-pueblo, o si se quiere, estado-nación, ya es otra cosa, pues tal estado ha menester de una religión; y hablar bajo este punto de vista, del estado-ateo, es hablar disparates. Una sociedad, una reunión de hombres cualquiera, tendrá siempre su religión, mala o buena, y creerá en un Dios al cual dotará de atributos verdaderos o falsos. Decir lo contrario es desconocer la naturaleza humana. Puede haber ateos en el mundo; pero no una nación atea.

—Soy del mismo parecer, agregó el Abogado; y tengo fe en que llegaremos a ese grado de perfección, pues todo esto debemos esperarlo de nuestro liberal gobierno.

—Gobierno liberal exclamó doña Policarpa ¿En dónde vive amigo mío, para irle a hacer una visita?

—Ah! señora ¿ignora usted que ahora están los liberales en el poder?

—A esos liberales, replicó ella los llamo yo, «liberanos domine»; y los aborrezco como a mis pecados, pues no tienen de liberales más que el nombre. Todo su liberalismo consiste en despreciar a la Religión y reirse de los sacerdotes.

—Perdón, señora; hay entre ellos católicos sinceros que ..

—Habrá uno que otro, pero lo dicho, dicho, pues una golondrina no hace verano; y un grano de anís no compone mundo. Bonitos son sus liberales, que cuando estaban debajo, gritaban: libertad, derecho del pueblo!... y en cuanto treparon al poder..... pobre del pueblo!... Si te he visto no me acuerdo... No me diga nada, que los conozco como a mis manos; y son tan liberales como la burra de Pedro Díaz, que daba coces al viento. Desde que se hallan en el poder, dígame ¿cuáles son las libertades que han dado? En dónde están las escuelas que han fundado? Qué han hecho para extirpar los ladrones y facinerosos de que están llenos los campos? Muéstreme los caminos que han hecho... y ahí tiene usted al señor (y me mostró con el dedo) que acaba de volcarse en los pantanos que él llama del gobierno... Gobierno liberal! (exclamó riendo secamente), Gobierno de los pantanos, debiera decir usted!

El Abogado estaba alelado bajo la verbosidad de la señora, a la cual no parecía sino que le hubiesen dado cuerda.

—Yo quisiera (prosiguió) que usted me dijese lo que es lo que los liberales-domine han hecho por pulgar a la administración de los vicios que tanto los hacían gritar, allá en

otros tiempos. ¿Piensa usted que adelantará algo el país con que ellos griten hasta desternillarse: Nosotros los liberales! Somos liberales! y luego obren como los más empecinados retrógrados? ¿Cree usted que el pueblo se ilustra y mejorá con gritar a los cuatro vientos: Viva el pueblo! y corromperlo en seguida, presentándole los más viles ejemplos de fraudes, traiciones, ilegalidades e injusticias administrativas? No, amiguito, obra son amores y no buenas razones... y el que nada hace, todo lo deshace, porque deja que las cosas se pudran solas...

—Pero, señora, ya ve usted que se trabaja con empeño por...

—Sí se trabaja con empeño por no respetar las leyes ni el decoro público; por ganar fraudulentamente las elecciones, por monopolizar el poder; por premiar paniaguados con destinos públicos; por negarles la entrada a los que no son de su amaño; por convertir al país en una vaca lechera, que ellos ordeñan para comerse el queso solitos... Porque estos señores liberales de la borondanga (prosiguió doña Policarpa exaltadísima) no siguen más ley que la del embudo: lo ancho para ellos y lo angosto para el vecino; y es una bendición de Dios lo bien que hacen el reparto, según aquello de:

Todo el que parte y reparte,
Y en el partir tiene tino,
siempre deja de contino
Para sí la mejor parte.

Y hay veces que, es tan grande su tino y, tan puro su liberalismo, que se agarran todo el embudo, es decir, todo lo ancho y lo angosto; y dejan al vecino a la luna de Valencia; y el pobre pueblo se queda tiñendo azul con macano... quiere decir, chupándose el dedo y ganando el jubileo.

—Señora mía, repuso el futuro jurisconsulto, si usted fuera hombre...

—Yo hombre? ni por pienso!

—Quiero decir que si usted estuviera iniciada en los arcanos de la política, vería que el pueblo no está aún preparado para...

—Para nada está preparado el pueblo! exclamó doña Policarpa, soltando una carcajada, que fué acompañada de muchas otras.

—Tienen razón para reirse, dijo don Cirilo, pues lo que usted acaba de decir, señor Abogado, es lo más gracioso del mundo. El pueblo no está todavía preparado para que lo gobiernen razonablemente, ni para que administren los intereses públicos con honradez. El gobierno de los liberales no da libertad a los ciudadanos ni enseña prácticamente el ejercicio del derecho público, por-

que el pueblo no está preparado para ello. Se convierte en gobierno de pandilla, y se arma en cuadro contra el país, porque el pueblo no está preparado. Hace las elecciones, porque el pueblo no está preparado para hacerlas. Así como en otro tiempo, envía sus intendentes a las provincias con el encargo de imponer los candidatos ministeriales porque el pueblo es todavía incapaz de fijarse en los hombres de bien y aptos para llenar su misión. El gobierno posee el secreto para conocer las aptitudes de los ciudadanos más a propósito, y por eso es que los elige siempre entre los más idóneos para servir de instrumento a su política. Y por qué? Es claro: porque el pueblo no está todavía preparado.

— Dígame, señor abogado, no es verdad que las persecuciones contra los ciudadanos independientes, las injusticias, las ilegalidades de todo genero, los fraudes y farsas gubernativas... provienen de que los pueblos no están preparados?

— ¿Se refiere usted a la comedia preparada por el gobierno, en las últimas elecciones municipales de Talca, y silbada por todo el país? preguntó Tristán.

— Todo eso entra en las alforjas, respondió don Cirilo, El pueblo de Talca por más orgulloso que sea, debe convencerse de que no está aún preparado para elegir a sus

representantes locales. Ahí los irá civilizando poco a poco, nuestro liberal gobierno, por medio de intendentes, que revuelvan bien aquello, para pescar votos, a río revuelto; y que siembren los chismes de una liberal política, fomentando rencillas, azuzando las malas pasiones, y convirtiendo en perros y gatos a los miembros de una sociedad.

—Ab! dijo el abogado: eso no son más que resabios de otro tiempo!

—Es decir que, si los liberales siguen tocando el pandero mismamente como los Pelucones, es por puro resabio!

—Pero, señor...

—Pues, señor, sino saben tocarlo de otro modo, ¿para qué diablos se afanaban tanto en escalar el mando, diciendo que lo tañarían mejor?

—Eso es agregó doña Policarpa. ¿Y si no sabéis para que os metéis?

—No todo puede hacerse en un día, señora, observó el abogado.

—Sí, es cierto que no se ganó Zamora en una hora; y poco a poco, hita la vieja el copo, y quien va piano va sano ..

—Y quien va sano, va lontano agregó el Colegial.

—Pero también es cierto, prosiguió doña Policarpa que ya va la vida de un cristiano, y nada se hace. Mire, señor, que el que es:

pera desespera y hubo uno que creció, encarneció y murió esperando; y los santos Padres del Limbo no se cansaron de esperar porque sabían que al fin había de bajar el mismo Cristo a sacarlos de aquellas oscuridades. Pero, dígame: ¿en donde está el Cristo que nos ha de venir a sacar de este limbo, en el cual (con liberalismo y todo) y nos vamos hundiendo más y más?

—No puedo negar, respondió el abogado, batiéndose en retirada, que hay todavía algunas provincias en donde quedan las antiguas corruptelas... Pero en Santiago...

—Ese es el peor macho de la tropa, interrumpió don Cirilo. En todas partes se cuecen habas, y en mi tierra a calderadas, Quite allá con su Santiago, sino quiere darme náuseas! Si los provincianos no fuéramos tan brutos como somos (no lo digo por alabarnos), yo le aseguro que obraríamos en contra de todo cuanto se nos indica desde la capital; y así iríamos por el buen camino; mientras que ahora...

—Si el ciego conduce al tuerto, ambos caerán en el hoyo, interrumpió doña Policarpa.

Pero, señora, replicó el Abogado, ¿cómo califica usted de ciego al centro de la civilización chilena?

—Lo di ho, dicho, respondió la señora; y yo no vuelvo atrás ni con el mocho del ha-

cha, cuando creo a puño cerrado una cosa. Si Santiago es el centro de la civilización, también es el centro de la corrupción.

—Especialmente agregó don Cirilo, de la corrupción administrativa, pues allí están el Supremo Gobierno y la Corte Suprema, y las supremas pretensiones de toda esa cáfila que por llegar a la supremacía, es capaz de cometer las más supremas bribonadas (no agraviando a lo presente). La Policarpa dió en el blanco al llamar ciego a Santiago, pues ese centro de nuestra civilización es también el centro de la más exageradas pretensiones; y ya usted sabe que el interés ciega al cristiano. Por eso es que yo quisiera ver desterrada la fatal manía provinciana de obrar en todo y por todo como en Santiago. ¿No hemos sido testigos de cómo en la gran capital, a vista, ciencia y paciencia de todo el mundo, se ha puesto en subasta pública los asientos de la Ilustre Municipalidad? Y no porque ellos comprian el puesto, dejarán de creerse ilustres; y no porque los otros los vendan al mejor postor, dejarán de creerse ilustrados... Y haga usted patria con tales hombres!

—Esos no son hombres sino hombras, dijo el Colegial en tono de jarana.

—Pero sino hacen patria, hacen plata, agregó Cipriana.

—Buen hacer es ese, Ciprianita respondió don Abundio, pues aquí el que tiene plata, tiene santo en la corte.

—Mire usted lo que hacen los de Santiago, prosiguió don Cirilo. Dígame ahora si se puede hablar de esto sin enrojecerse de vergüenza! Y sin embargo, el gobierno no la ha tenido para dejar sin castigo, más digo, para premiar tamañas «santiaguinadas», elevando a sus autores a puestos públicos. Esto hace el gobierno liberal sin duda porque el pueblo de Santiago no está preparado para obrar decorosamente.

—Oh, señor, yo no digo eso sino que...

—Pero lo digo yo, por haberlo oído a los señores liberales . á menos que no mientan a troche y moche, por no estar todavía el pueblo preparado. ¡Con decirle a usted que sino han reformado la Constitución, es también porque el pueblo no está preparado! Por lo que a tañe a ellos, están ya muy preparados para faltar, letra por letra, a todos los artículos de la carta que usted llama fundamental. He ahí la razón porqué los hombres de las reformas no han acometido ninguna todavía. Son unos liberales que ocultan tenazmente su liberalismo, para que el pueblo no se asuste. Pero una vez que los pueblos estén preparados, ya verán!

—Para allá me la guardes, interrumpió

doña Policarpa. Mire usted, señor Abogado, si yo no tengo razón para estar mal con los liberanos-domine, Canonícelos usted ahora; diga que son unos santos; que si han subido al poder, es solo por patriotismo; que si han faltado a sus programas, es por el bien del país. Pero, por más que digan, yo creo, a pie firme que el gobierno ha hecho con monseñor una... una... una...

Y se quedó medio embargada por la emoción, sin saber qué decir.

—En cuanto a eso tienes razón, dijo don Cirilo, pues el gobierno ha hecho una, una... es decir, muchas, y monseñor del Frate ha hecho otra, otra y otra... y seguirán haciendo las unas y las otras, y la Iglesia y el Estado seguirán así, tira, vaca; tira buey, diciendo la una cesta, y el otro ballesta, mientras haya, por una parte, fe de carbonero, y por la otra liberalismo de carbón... Haremos cosas de negros.

—¿Y qué querría usted que hubiese preguntó el Abogado.

—Verdadero amor a la verdad y al progreso de la humanidad, respondió doña Cirilo; y además, buena fe para propender a su desarrollo.

—Mientras sucedía esta incidencia, que, como las anteriores, había interrumpido el juego, doña Ruperta tenía puestos sus celo-

sos ojos sobre Cipriana, cuyas miradas no muy derechas, solían, de cuando en cuando encontrarse con las de la viuda. Esta, con la bilis alterada dió al fin un respingo en su asiento, y exclamó, con voz seca:

— ¡Hasta cuándo disputan! Ya que el señor Abogado no ha dado en el clavo, venga la prenda, y san se acabó. ¿Quieren que yo diga el «seis?»

— Sí, sí! que lo diga para que siga el juego! respondieron.

— Pues bien, yo digo que hay mujeres contra el «sexto» dijo la viuda mirando de reojo a Cipriana.

— Este sí que es número! exclamó don Abundio, pues sexto, no significa aquí ni canasto ni alforja, sino lo mismo que en aquella coplita cantada por nuestros huasos:

«Si en el sexto no hay perdón,
Ni en el septimo rebaja,
Bien puede nuestro Señor
Llenar su cielo de paja».

Riéronse todos, mientras Cipriana miraba rencorosamente a doña Ruperta, la cual decía, mostrando con el dedo a su rival:

— Que diga el «siete» la Ciprianita.

— Yo digo que usted ha salido con su domingo «siete», respondió ésta con viveza.

—Eso es lo que se llama «meterle la catana hasta el ochol» dijo don Cirilo, riendo como de primeras.

—Pues la pagó a «nueve» doña Rupertal gritó el Colegial, saltando de contento.

—Si he dicho mal, repuso la viuda, me desdigo de lo dicho, y solo diré que hay mujeres que apesar de ser contra el décimo, pretenden quedarse al fin con las diez de última.

—Eso es lo que se llama enmendar la pampirolada, dijo don Cirilo, riendo como si le hicieran cosquillas.

—Pardiez! exclamó el Abogado, que esto ha sido un verdadero tiroteo. Yo tenía éste preparado, esperando el diez.

—Ahí «diez» es corrupción de Dios, observó el español, además de que esa interjección es muy común en España.

Al llegar aquí, se oyó sonar la campanilla del comedor, y el Colegial gritó:

—La campanilla nos llama! Vámonos a hacer las once!

—Y van once, dijo Nicolasa, dando un suspiro. Pues yo tenía prontito el dicho de meterse en camisa de once varas.

—Al comedor exclamaron varias voces. Allí cumpliremos las penitencias.

—En cuanto a mí, dijo el Colegial presentando su brazo a Narcisa, esto; dispuesto a

cumplir todas las penitencias que me impongan, menos una...

—¿Cuál es esa?

—Por ejemplo, la de no mirarla a usted durante cinco minutos seguidos.

La niña ahogo un suspiro; luego se sonrió, como aparentando indiferencia; miró al abogado y dijo:

—Ahl ustedes los hombres son tan embusteros!

—Vamos en orden, gritó don Cirilo, con voz de trueno. Cada uno con su cada una! Rupertita honre usted mi brazo.

Pero doña Ruperta aparentó no oír, y se dirigió a Tristán, quien viendo a Narcisa engarzada con el Colegial, se había resignado a dar su brazo a Cipriana. Al ver esto la doble viuda volvió sobre sus pasos para aceptar el ofrecimiento de don Cirilo; pero éste se había encontrado con Catita, cuyo brazo, logró porque Nicolasa había cogido el del español, sin gran complacencia de éste. Por manera que doña Ruperta, haciendo de necesidad virtud, cogió el brazo que don Abundio le estaba ofreciendo desde el principio. En cuanto a doña Policarpa viendo a don Cirilo engarzado con la Catita, tomóse del otro brazo, y le dijo:

—Viejo verdel bien dicen que el burro viejo busca el pasto tierno.

— Policarpa, dijo don Cirilo, en tono de reproche; acuerdáte de que tú me echas en cara esos refranes poco cu'tos.

— Es que una cosa es dar reglas y otra seguir las, y va mucho de lo que se dice a lo que se hace, mayormente cuando a uno le quitan lo que le pertenece, pues por defender lo suyo hasta los mudos hablan.

— Pero no me aprietes tanto el brazo, mujer!

-- Aprieto lo mío, gracias a Dios; y quien lo tiene lo gasta, y el que no llora la falta. Donde se conoce la prenda, ahí se quita; y sepa la Catita que, quien de lo ajeno se viste...

— Calla, mujer, que hay oídos castos, le interrumpió don Cirilo.

Un paso más adelante, iba doña Ruperta, con don Abundio, quien le decía:

— Ah! Rupertita, cada vez que la miro se me cae una cana.

— Yo no sé como puede ser eso, respondió ella, cuando ya ha más de quince años que se le acabaron todas.

— ¿Qué le va diciendo don Abundio, Rupertita? preguntó don Cirilo.

— Hombre de Dios! refunfuñó doña Policarpa, sacudiendo fuertemente el brazo de su esposo: ¿no sabes que no es bueno meterse en vidas ajenas? El que mucho se entro-

mete, luego se arrepiente, y el que pregunta lo que no le va ni le viene, oye lo que no conviene.

— Pero el que pregunta no yerra, mujer!

— El que pregunta no yerra es verdad; pero esto es cuando de su porfía no se aferra. Acuérdate, Cirilo, de que el secreto de dos es de Dios, y el de tres, del diablo es. Deja que hablen, pues cada cual sabe su cuento, y en boca cerrada... quiero decir que en la boca del discreto, lo más público es secreto.

— ¿Y como tú no cierras jamás la tuya? preguntó riendo don Cirilo.

— Porque tú me haces hablar más de lo necesario, Dios me perdone.

A este tiempo, dijo doña Ruperta:

— La conversación que llevamos aquí con don Abundio no es un secreto..... Hablábamos de las canas y de las arrugas ..

— Canas y dientes son accidentes, interrumpió don Abundio; las arrugas ponen en duda; paso tardo y traspies, eso es vejez.

— Y la peluca ¿qué cosa es? preguntó riendo el Colegial.

La hilaridad fué general; y mientras los demás reían, decía doña Policarpa:

— Quien se guarda bien se logra, Colegialito.

—Cuando no se malogra respondió éste. Ya está viejo Pedro para cabrero, señora!

—Pero hay frutos que se pasan en la mata; y las peras verdes, al chancho con ellas.

—Mejor para don Matusalén, que es fruta de guarda, repuso el Colegial; pero dígame: si las peras verdes van al chancho ¿a donde van los viejos verdes?

—No se le dé nada compadre, dijo en voz baja doña Policarpa, pues a palabras necias oídos sordos; y ya usted sabe que quien con niños se acuesta, amanece de oro y azul.

En aquel momento habían llegado ya al comedor. Doña Ruperta se separó brusca-mente de su compañero, y fué a sentarse junto a Tristán. Don Abundio quiso seguir-la, pero fué sujetado del brazo por doña Policarpa, que le decía:

—No desmaye compadre, que el que desmaya se cae, y el que confía mucho alcanza... Después de buscar, está el encontrar; y cuando una puerta se cierra, doscientas se abren. No le tenga miedo a la Ruperta, pues yo sé muy bien que no es tan bravo el toro como lo pintan... Pero miren no más a la picarona como se le ha ido a sentar al lado; a Tristán!... Vaya pronto, compadrel! Póngasele al otro lado... Mire que en esto, el que pestañea pierde!

— Policarpa exclamó a media voz don Cirilo: te pido por los siete dolores, que tengas compasión de este pobre hombre!

Libre ya don Abundio, corrió a sentarse junto a doña Ruperta; más, encontrando el sitio ocupado, se apresuró a hacer siquiera vis-a-vis con el objeto de su dulce tormento.

El Padre capellán acababa de llegar; y sin esperarnos habíase ya sentado a la mesa; y estaba mondando un gran pero, cuando entramos al comedor. Mascando un buen bocado, nos preguntó en que nos habíamos entretenido.

— En un juego de prendas, contestóle doña Ruperta.

— ¿Qué juego?

— El de los refranes de números.

— No entiendo; pero siendo la cosa de refranes, no me cabe duda de que la señora doña Policarpa ha salido victoriosa.

— Se engaña su paternidad, dijo don Cirilo, porque esta mujer hizo lo de Lucas Gómez.

— Así fué mi padre, agregó la señora. A la primera pregunta, me pillaron sin perros,

— Al mejor cazador se le va la liebre, observó Nicolasa.

— Si no me hubieran pillado tan desprevenida, prosiguió doña Policarpa, otra cosa sería, pues el prevenido nunca es vencido.

Pero, hablando en plata, yo sabía tanto de este dichoso juego, como de volar sin alas, y el que no sabe, tarde, mal y nunca acierta. Continúas que este hombre (y mostró con el dedo a don Cirilo) no me daba tiempo, y me interrumpía metiendo su cuchara, cada vez que me tocaba decir...

—Eso es, Policarpa, interrumpió don Cirilo. Echame a mí la culpa de tu torpeza, que para eso soy tu marido.

—No lo digo por disculparme repuso la señora, pues el que a otro culpa, mal se disculpa; y nadie se convertirá en santo, con solo achacarle faltas a su prógimo. Pero...

—Estos peros de la Policarpa son los que me dan miedo, volvió a interrumpir don Cirilo.

—Pues a mí me sucede lo contrario, dijo el padre capellán, porque nada encuentro tan sabroso como los peros de esta santa señora, a quien Dios guarde muchos años.

Y como en prueba de lo que afirmaba, alzaba en el aire lo que aun le quedaba del pero que se estaba comiendo.

—Dios me los dé para servirle a su paternidad, respondió la señora, aludiendo a los años que el capellán le deseara.

—Pero después de todo, dijo el capellán, todavía no comprendo bien en que consiste este juego.

Explicóselo doña Ruperta, y el padre prosiguió:

—Yo veo ahora que con los refranes podrían entretenerse las gentes, provechosa y agradablemente de mil modos diversos. Por ejemplo: un juego podría consistir en decir refranes en donde figurasen nombres de animales como verbi-gracia: «al Asno muerto...» «aunque se vista de seda, la mona...»

—El último mono se ahogal saltó allá Nicolasa; y quien da pan a perro ajeno...

—Al de atrás muerde el perro, dijo don Abundio. ¿No es verdad Rupertita?

—De las aves que vuelan me gusta el chanchol gritó el Colegial, dando un salto en el aire.

—Bonito su refrán! exclamó doña Policarpa. En fin, si dijera: a caballo ajeno espuelas propias; a caballo nuevo, caballero viejo; y el gato escaldado, huye del agua fría; y no está el huevo en donde cacarea la gallina; y el que no te conoce que te compre mulita; y el que quiera a Juan, bien quiere a su can; y gato con guantes no caza ratones; y cría cuervos y te sacarán los ojos; y perro que ladra no muerde...

—Pero, molesta Policarpa! interrumpió don Cirilo, Yo preferiría que me mordieses, a oírte ladrar refranes sin descanso.

—Otro juego sería, prosiguió el padre ca-

pellán, tomando un racimo de uvas, el de refranes en donde figurasen nombres de pasiones, vicios, virtudes, etc., como: la «codicia» rompe el saco; con la «paciencia» se gana el cielo; el «miedo» es cosa viva, etc., etc.

—Yo no he oído en España este último refrán, dijo el español. ¿Qué es lo que significa?

—Lo emplean nuestros campesinos, respondió el padre para expresar la viveza con que el cobarde huye, y a veces para significar que el cobarde está viendo cosas vivas, es decir, objetos peligrosos en donde nada hay que temer.

—Ya entiendo, repuso el español; y, volviendo al juego, tal como su paternidad lo propone creo que podría dársele una gran elevación, convirtiéndolo en una verdadera entretención filosófica y digna de una sociedad culta.

—¿De qué manera?

—Fijándose, no en las palabras que figuran en los dichos o refranes, sino en las ideas allí encarnadas. Supongamos que el juego se haga consistir en emitir refranes que contengan una idea en contra o en pro de la ambición, como: quien mucho abarca poco apreta; el que sube demasiado está más en peligro de caer...

—Sí, dijo doña Policarpa; el que se sube a mayores suele quedarse en menores.

—O bien, prosiguió el español riendo, esa idea podría ser la del egoismo, la codicia u otra pasión cualquiera, que se hallan más o ménos encarnadas en estos refranes: más vale un toma que dos te daré; cuando te dieren la vaquilla, corre con la esguilla; a río revuelto, ganancia de pescadores; quien se mete a reformador será crucificado, etc....

—Ah! exclamó doña Policarpa, que no podía contenerse: para tales casos tengo yo los siguientes: niño que no llora no mama. lloremos, pero no nos turbemos; el muerto al hoyo y el vivo al bollo...

Riéronse todos, y el padre capellán dijo al español:

—Yo creo, como usted que un juego así haría trabajar el entendimiento, ilustrándolo y elevando el espíritu de los jóvenes, tanto más cuanto mas se empeñase el amor propio de éstos por salir airosos. Esos juegos de prendas que no hacen más que poner en prensa a la memoria, dejan más fatiga que provecho; y aun hay otros peores, en que ni aun la memoria se cultiva ..

—Pero, en fin, concluyamos el que tenemos entre manos, dijo el Colegial, y después hablaremos de otros juegos nuevos. Nos hemos propuesto decir una docena de refranes

o dichos chilenos; y yo, que emití el «once», pido a su paternidad que diga el «doce».

—¿Usted dijo el «once»? preguntó el capellán, como para darse tiempo, a fin de encontrar el dicho que se le pedía.

—Sí, padre. Yo, al oír la campanilla del comedor, me acordé de nuestro dicho hacer las once.

—Y mientras ustedes hacían allá las once en dichos, yo las hacía aquí en hechos, con un precioso pero. ¿No es mejor?

—Quien lo duda! respondió doña Policarpa. Más vale hacer que decir, y del dicho al hecho hay gran trecho. Por manera que yo alabo en su paternidad el habernos ganado el quien vive, comenzando antes que nosotros, pues el que pega primero pega dos veces

—Y aun tres he pegado con el favor de Dios, repuso el padre, mostrando el casi concluido racimo de uvas.

—Muy bien, padre de mi alma! exclamó riendo doña Policarpa. Pegue cuatro, y cinco y más veces, si gusta, que el comer y el rascar todo está en empezar; y además...

—Ya empezaste, Policarpa, interrumpió don Cirilo. No sigas más adelante y acuérdate de que quien mucho habla, mucho yerra.

—A veces yerra mucho más el que no ha-

bla, replicó doña Policarpa; y si no, dígalo Pilatos, que por haberse lavado las manos y no hablar cuando y como debiera, quedóse con la manos sucias para siempre.

—Esperando estamos el dicho de su paternidad, dijo el Colegial.

—Es decir, respondió el padre, que ustedes quieren que yo me meta en «docena»?

—Ese dicho es de mi tierra, observó el español.

—Pues yo repuso el capellán, no sé otro (fuera del que he dicho) que el de la docena del fraile.

—Ah! exclamó doña Policarpa; yo le tengo un miedo atroz a la docena del fraile, y por esto es que me he sentado a la mesa.

—Déjese de abusiones, señora, dijo gravemente el capellán.

—No gaste su tiempo, padre, en convencer a la Policarpa, dijo don Cirilo, pues no se la apea de su burra tan fácilmente; y a pesar de viento y marea, ella permanecerá siempre en sus trece.

—Ya van trece, entre dichos y refranes, gritó el Colegial, y san se acabó. Ahora vamos a las penitencias.

—Muy bien! respondió don Cirilo, levantándose de la mesa. Comida hecha y amistad deshecha. ¿Quién tiene las prendas?

—Aquí están, contestó doña Ruperta, sa-

cando de su bolsillo los diversos objetos que había recibido. Como no hay todavía ningún sentido y agraviado, yo daré la primera penitencia, y mando que el dueño o la dueña de esta prenda cante algo.

—¿Veamos que prenda es?

—Una llave con una cinta azul.

—Es mía, dijo don Abundio; pero ¿cómo tengo de cantar, cuando no sé por donde van tablas?

—Y si no, no sería penitencia, observó doña Ruperta.

—Que cantel aunque sea a secas, dijeron las niñas.

—Cantaré, ya que la Rupertita lo ha ordenado, respondió don Abundio, tomando una resolución: pero es el caso que no me acuerdo de otros versos que de los del «cuando».

—Y muy bien que lo bailaba usted, compadre, allá en sus tiempos! dijo doña Policarpa.

—Todavía puedo bailarlo, comadre.

—Bien dicen que donde ha habido fuego cenizas quedan.

—Y no solo quedan cenizas, repuso don Abundio enderezándose con viveza.

—Cante sus versos, dijeron las niñas, y por el tono veremos que es lo que queda de aquel fuego.

— A la prueba me remito, respondió don Abundio, tosiendo para limpiar el pecho.

Y luego, con voz no muy desentonada, aunque un poco chillona, cantó estos versos del antiguo baile llamado «cuando».

«Dos enamorados tengo,
Y ambos me vienen a ver;
El uno me ofrece plata,
Y el otro quererme bien.

¡A la plata me remito,
Por ser cosa delicada:
Que la plata es la que dura,
Y el amor pronto se acaba!

Y hay! cuando será ese cuando
Y esa dichosa mañana,
Que nos lleven a los dios
El chocolate a la cama!

Y así cuandol
Y así cuando, mi vida, cuandol
Y así cuandol
Y así cuando será ese cuando!

—Muy bien! gritaron las niñas palmoteando como locas.

—Se conoce que ha habido fuego, agregaron algunas, riendo.

—Y lo hay todavía, hijitas, respondió don Abundio, pues, yo no pienso envejecerme antes de tiempo; y si hay alguna que quiera hacer la prueba, aquí me tiene al su maudar.

—Vamos a otra! dijo doña Ruperta. Diga usted, don Abundio, como sentido y agraviado. ¿qué penitencia merece el dueño o la dueña de esta prenda?

—Si es mujer, respondió el viejo, que me diga aquí delante de todos: «Abundito mío, yo te quiero mucho»; y si es hombre, que no me diga nada.

—Pues yo propongo una penitencia general, dijo el padre capellán, pues más o menos todos somos pecadores.

—¿Qué penitencia es esa?

—La de que montemos todos a caballo, y vayamos a dar un paseo por las chacras.

—Aceptado! gritó el Colegial.

—A toda ley el que lo entiende, dijo Narcisa.

—Pues no ha de saber dar buenas penitencias, si es confesor agregó Cipriana.

—Es decir, Rupertita, que yo solo he sido el pagano, dijo don Abundio. Pero no me pesa, oh, más que hermosa ingrata, agregó a media voz, pues en esos versitos le dije a usted todo lo que yo sentía.

—Muchas gracias, respondió doña Ruperta.

—Hace bien en dar las gracias quien las tiene de sobra. ¿Sabe andar a caballo?

—No muy bien; pero echando a perder se aprende.

—Siendo así, no hay que pensar en que usted vaya sola, niña de mi alma... sería una imprudencia.

—Oh! yo sé tenerme bien en la silla de montar.

—Nó, nó! ¿Y si sucediese alguna desgracia? Quiere usted hacerme llorar, Rupertita?

Es en lo que menos pienso, respondió ella, soltando la carcajada.

—No se ría, Rupertita, por el amor de Dios! Mire que solo de pensar que usted podría caer del caballo, me vienen unos escalofríos, que...

—No tema usted.

—Pero si no está en mí dejar de temer. yo soy hombre muy previsor, y si alguna vez me caso... Vaya! y sigue riendo! Si llego a casarme, no permitiré jamás que mi mujercita monte a caballo, sino en un animal muy manso, muy probado. En mi estancia de la Rinconada tengo buenos caballos; pero mejores son todavía los que tengo en mi fundo de los Maitenes, que es sin disputa el mejor fundo de esta provincia... solo en la chacra

que tengo en Santiago, hay terrenos que se le puedan comparar... como que dí por ella \$ 72,000 allá en la gran crisis... No la daría ahora por \$ 150,000, porque la tengo destinada para una dote...

— De veras? preguntó doña Ruperta, abriendo tamaños ojos. ¿Y a quién piensa usted dotar con esa chacra?

— A la que a mí me dote con su corazoncito, respondió el viejo, haciendo un mimo, verdaderamente terrible.

— ¿Que era lo que me decía de sus caballos? preguntó ella de repente.

— Ah! le decía que los tengo muy buenos en la estancia de los Quillayes... quiero decir de los Maitenes, porque los Quillayes es un fundo de costa, a donde voy muy pocas veces, y no he menester de muy buenos caballos. Los de los Maitenes sí que son como una manteca... Llegar y montar..... y mansitos como una oveja, sin maña la que menor... Yo le prometo servirle a usted de palafrenero, si alguna vez me hace el honor de visitar mi pobre morada...

— Mil gracias.

— ¿Gracias sí, o gracias nó. Mire que allí tengo una casa espaciosa y muy cómoda, que he construido en medio de un parque .. Usted verá allí jardines y arboledas de buenas frutas, pero falta una cosa.

—¿Qué cosa?

—Falta una fruta en aquellas arboledas; falta una flor en aquellos jardines; falta un aroma entre aquellas flores...

—Pero ¿cómo puede haber falta en ese Paraíso que usted me pinta?

—Ah! Rupertita de mi vida! Ese paraíso carece de la luz de unos lindos ojos, de la gracia de una tierna sonrisa y de las armonías de una dulce voz... En una palabra, bellísima Ruperta, allí donde todo sobra, falta una Eva...

—Y que haría allí una Eva sin Adán?

—Es que ese no falta, mi querida amiga, repuso don Abundio, tomando una de las manos de la señora, y si usted quiere cerciorarse por sí misma la desafío a que me deje de embustero; y verá si yo sé injeniarme para sacarla de su error. ¿No me responde?

—Después le contestaré, dijo ella a media voz retirando la mano, que había quedado un tercio de minuto entre las de don Abundio.

Quedóse el viejo algunos instantes sonriendo y mirando, con la boca abierta a doña Ruperta, hasta que oyendo en el corredor la voz de «ya vienen los caballos!» alzóse de su asiento y dijo:

—Ah, mi alma! Sería yo el hombre más feliz del mundo, si obtuviera de usted el be-

nepkácito para desengañarla... de una manera práctica... Porque yo soy muy práctico en todo... y en prueba de ello le diré que conozco los caballos de Cirilo, y voy a elegir el más mansito para llevarla en anca al paseo.

Diciendo ésto, salió y fué a elegir el caballo que mejor le pareció, para ensillarlo por sus propias manos.

Doña Ruperta se había quedado parada y pensativa en la puerta del comedor, la cual daba al pasadizo por donde se salía al corredor exterior, que era en donde se hallaban casi todos reunidos, viendo ensillar y arreglar los caballos. Y viendo la señora que Tristán hablaba con Narcisa, un poco separados de los demás, alzó los hombros e hizo un gesto, que expresaba muy bien el desprecio del despecho.

En el comedor habíamos quedado el español y yo; y pudimos oír, sino toda, la mayor parte, al menos, de la conversación entre doña Ruperta y don Abundio, quiénes, sin recatarse gran cosa, hablaban en voz baja no muy baja y como chanceándose, en el otro extremo de la mesa.

El amante de Catita estaba como sentado sobre ascuas, durante el coloquio del viejo y su futura suegra, y apenas podía sostener la conversación que teníamos. Era evidente

que se había quedado allí para observar la conducta de la señora.

—Es verdad, le pregunté yo, que este señor don Abundio es tan rico como él se pinta?

—De dineros y bondad, la mitad de la mitad, respondiéndome. Sin embargo, este viejo posee esos fondos de que ha hecho mención para seducir a doña Ruperta, tras la cual anda, desde hace algún tiempo, sin haber conseguido nunca otra cosa que ser el hazme reír de la señora. Con todo, mucho temo que las burlas se conviertan en veras.

—¿Y porque lo teme?

—Porque a la señora le gusta el lujo, y don Abundio es un viejo verde, botarate y perdulario, que gasta más de lo que sus propiedades le producen y ya usted sabe que bolsa de donde se saca más de lo que se echa al fin se vacía. Por esta razón, no les arrendaría yo las ganancias ni al Adán ni a la Eva de aquel Paraíso.

Salimos del comedor y yo me fui a cambiar de traje, pues mi ropa ya se había secado. Acabándome de vestir estaba en el cuarto de los alojados, cuya puerta se hallaba entreabierta, cuando oí en el corredor la voz de doña Policarpa, que decía:

—Buena seña, compadre; buena seña!

— ¿Qué hay, comadre? preguntó don Abundio.

— Que ha de haber sino que es cierto lo que tantas veces le tengo dicho: «en los asuntos de amor, el tesoncito es el que hace», pues muchos amenes llegan al cielo, y...

— Pero, en fin ¿qué sabe usted de nuevo?

— Que la Ruperta me acaba de preguntar si yo he estado en la chacra de usted; si las casas son buenas; si...

— Ah! Y qué le contestó?

— Bien echará usted de ver lo que yo le respondí... porque al momento calé la intención de la viudita, a pesar de la indiferencia aparente con que me hacía las preguntas. ¡Ja! ¡ja! ¡jaa! Ella cree que a mí se me van... Nó, señor; y la que se me escapa, se va sin cola. Díjele que la chacra es un Paraíso terrenal; pero que eso era una guinda comparada con sus otras propiedades... En fin, no hablemos más, porque las paredes oyen; y el negocio callado es logrado, pues asunto que muchos saben se vuelve sal y agua; y plato en que muchos meten la cuchara, no lo podrán comer ni los perros: y no hay peor enemigo de los matrimonios que los díceres de los ociosos y los chismes de los envidiosos, por lo cual yo diré siempre: para bien acertar, poco hablar y mucho obrar; que cuando las gentes comienzan a tomar en boca a unos novios,

los convierten en trapo viejo; y hacer callar al mundo es como ponerle puertas al mar...

—Policarpa! gritó don Cirilo desde el otro extremo del corredor: apuesto mis orejas a que estás llenando de refranes al pobre don Abundio.

—Pues entonces, respondió la señora, yéndose hacia donde la llamaban, entonces estará mi compadre mejormente lleno que muchos que solo tienen viento y máculas dentro de la caja del cuerpo, porque estará lleno de ciencia y de experiencia.

Yo salí, ya vestido, del cuarto a tiempo que don Cirilo decía a su mujer:

—¿Y qué necesidad tiene don Abundio de que tú le suministres experiencia, cuando ya cuenta con más que suficientes años...

—Nadie cuenta sino los años que representa, interrumpió el viejo, tratando de enderezarse sobre sus pies. Rupertita, prosiguió, dirigiéndose a ésta: he elegido el caballo más manso de todos; tiene un paso como la seda, y prometo cuidarla como se cuida a un tesoro.

—Tristán llevará a la Rupertita, dijo don Cirilo, y con ese fin he elegido el caballo...

—Pero yo estoy ya comprometido a llevar a la Ciprianita, interrumpió el joven.

—Doña Ruperta dió vuelta la cara, tosió y dijo resueltamente a don Abundio:

—Lléveme usted.

En ese momento, Narcisa salía del interior, con una alfombra de misa en la mano: y decía al Abogado:

—Esta es mi alfombra; póngala en su caballo.

—Yo voy en caballo sola! gritaba la Cati-ta, pues no puedo andar enancada.

Mientras tanto, el Abogado pugnaba por poner sobre las ancas de su caballo la alfombra de Narcisa. El caballo no se estaba quieto un instante, y parecía ser cosquilloso. El mayordomo de la casa, que había presidido el arreglo de las cabalgaduras, aseguraba que aquel animal era un sueño de manso, y no hallaba a que atribuir sus esquiveces, como él decía. El pobre hombre ignoraba que el Colegial acababa de hacer una de las suyas, poniendo un puntiagudo hueso debajo de la silla del Letrado, quien, aburrido al fin entregó la alfombra. Tómola prontamente el Colegial, y dijo a Narcisa:

—Yo la llevaré, señorita. Mi caballo es mucho más dócil; y sino, vea usted

Y colocando la alfombra, daba palmadas de satisfacción sobre el anca de su cabalgadura. Narcisa tuvo que resignarse, y se dejó alzar sobre el caballo del imberbe, como se resignó doña Ruperta a subir sobre el de don

Abundio y Tristán a llevar en el suyo a Cipriana.

Don Cirilo me invitó a montar en el que me habían ensillado; pero yo, dándole las gracias, le dije que tenía necesidad de volverme esa tarde a la estación para tomar el tren del día siguiente, razón por la cual había ya dado orden de preparar mi coche.

Montados a caballo, el del Abogado dió muestras de corcobear, poniendo al caballero en grandes apuros. Apeóse inmediatamente, y examinando la silla, dieron con el hueso.

—Ah! exclamó doña Policarpa: esa era la madre del cordero! Dicen siempre: herradura que cascabelea, clavo le falta; pues yo diré desde ahora: a caballo que corcovea, clavo le sobra. ¿Y mi Mulato? prosiguió, dirigiéndose al Mayordomo. ¿Dónde está mi caballo?

—Aquí está respondió el mayordomo, trayéndolo de la rienda.

—A mí me gusta mi mulato, decía la señora (disponiéndose a que la alzarán sobre la silla), porque tiene buen cuerpo; y es bien sabido que caballo grande, ande o no ande... Cirilo! ven a alzar me. Y tú, ten la rienda para que el caballo no se mueva, que quien se mueve a destiempo, todo lo descompone... Cirilo! vaya con el hombre orejas de paila! ¿No ves que todos están ya a caballo, y solo yo falto?

—Aquí estoy, mujer, dijo don Cirilo acercándose. Estaba alzando a la Catita.

—Sí! replicó la señora a media voz; como si la Catita fuese tu mujer... Bien dicen que más vale ser de los infiernos, que no de casa. Vamos! Alzame, hombre, que el que carga su cruz, tiene el cielo ganado... Con cuidado Cirilo, con cuidado, pues quien lo suyo no cuida, pronto llorará la falta... Y tú mira si está bien apretada la cincha, que cincha suelta, segura vuelta...

—Vamos arriba, mujer! interrumpió don Cirilo.

No, no, deja que vean la cincha, pues el que mucho se apuró, las costillas se rompió contimás que cada cual tiene su miedo; y el miedo será siempre cuidadoso: y Juan de Segura se murió de viejo y...

--Mira, Policarpa, si dices un solo refrán más, no te alzo.

—Vaya, pues, me haré una cruz en la boca, porque, como dice el adagio... No, no lo digo y me lo tragaré, solo por darte gusto, pues yo sé muy bien aquello de dale a tu marido gusto, y ahorrarás más de un susto... Pero cállate boquita, y medrarás, que es bueno saber hablar, y mejor saber callar... Ya estoy pronta! A la una, a las dos, a las tres! Ya estoy arriba, gracias a Dios!

— Ya está arriba la tonelada de refranes! gritó don Cirilo.

— Pero es el Mulato y no tú el que lleva el peso, respondió la señora; y va mucho de arrear la mula a llevar la carga... Niñas! niñas, gritó ¿se han persignado?

— Sí, mamá, contestaron las niñas.

— Está bien, dijo doña Policarpa persignándose (como tenía costumbre de hacerlo cada vez que salía de casa, siquiera fuera a hacer una visita). Por la señal de la santa cruz... Siempre es bueno hacer esto antes de emprender una marcha... De nuestros enemigos, líbranos Señor... por corta que sea... Señor, Dios nuestro... Yo no sé como hay cristianos que se ponen en camino sin hacer la señal de la cruz... En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén!... Ya está Dios ante todo, y El nos guíe por buen camino, que es lo principal... Ahora vamos andando, pues navío parado no gana flete. ¿Quién dirige la marcha?

— Yo! respondió el Colegial.

— En buenas manos está el timón, exclamó la señora, riendo de buena gana. Vamos, Cirilo, marcha adelante, que el que sigue al loco, caerá en el lodo.

El convoy estaba ya a punto de ponerse en marcha; y todos, cual más, cual menos, parecían estar contentísimos. Pero más que

todos juntos, lo estaba don Abundio, quien volviendo su caballo a un lado y otro, hacía como que sujetara con el brazo a la dama de sus pensamientos, y decía:

—Esto es lo que se llama hacer el número «ochol» Viva Chile!

Y en efecto, volvía y revolvía al dócil animal, describiendo las mismas curvas del 8. En seguida agregó:

—Me río del caballo Pegaso en que montaban los poetas! Me río del Bucéfalo, del Babieca y del Rocinante, así como de los cuatro caballos de Apolo, y de aquel otro que alcanzó a ser senador romano! Me río a carcajadas de la yegua Alborak en que el profeta Mahoma recorrió todos los cielos en un suspiro, pues yo llevo aquí, sobre las ancas del mío, a todo el cielo con sus estrellas.

—A quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga, compadrel respondió doña Policarpa.

Despedíme al fin de los dueños de casa, y de sus alegres huéspedes, deseándoles mucho contento. Ellos, por su parte, me desearon un feliz viaje; y poniéndose la cabalgata en camino para el interior de la hacienda, yo monté en mi carricoche y tomé el camino de la estacion, a donde llegué esa tarde, sin más contratiempo que el susto con que volví a pasar los «pantanos del Estado».

Durante el viaje traté de recordar todas las escenas de que había sido testigo en aquel día, y escribí las notas de que me he servido para redactar esta carta, la que, a pesar de su extensión, no contiene ni aun la mitad de los refranes que dijo doña Policarpa. He tenido, pues, que dejar muchísimos en el tintero, no solo para alivianar la presente, sino también porque deseaba llegar cuanto antes a este último párrafo, para expresar a usted amigo mío, los sentimientos de cordial y verdadero afecto con que siempre lo ha distinguido su A. S. S.

D. B. G.

Post-data.—Cuando ya había firmado esta carta, me llega por el correo una gran tarjeta lujosamente litografiada. En el centro de la tarjeta hay una corona de siemprevivas, sostenida en el aire por dos palomas en actitud de ir volando. Dentro de la corona se ve un pequeño Cupido, con su arco y su aljaba llena de flechas. A los pies del terrible dio-

secito, se auudan en la corona dos cintas sueltas al aire, que llevan estas palabras escritas en letras de oro:

Abundio de Quiñones

y

Ruperta Amaros

Tienen el honor

de dar parte a Ud. de su enlace

